R. 107.803

BIBLIOTECA REGIONAL
MURCIA

UN DUELO A MUERTE,

POR

JOSÉ SELGAS.

PRIMERA PARTE.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. MORENO,
Calle de San Lúcas, núm. 6.

1870.

UN DUELO Y MUERTE

POR

JOSÉ SELGAS

PRIMERA PARTE

I.

ELLA

En el momento en que empiezo á escribir estos renglones, el nombre de la señorita de Miramar corriendo de boca en boca le dá la vuelta al gran mundo.

Su nombre es el de una piedra preciosa, que es al mismo tiempo el nombre de una preciosa flor: se llama Margarita, combinacion delicada que sirve admirablemente para nombre de mujer.

En él se reune lo que mas brilla y lo que mas adorna, lo mas rico y lo mas frágil, un reflejo y un perfume, lo que más deslumbra y lo que mas embellece, las dos cosas que más apetecen las mujeres: los diamantes y las flores.

Los periódicos en las *Crónicas de los salones* y en las *Gacetillas* llevan hasta el confin del último lector la celebridad de la señorita de Miramar: no perdonan detalle ni pormenor; cuentan los pliegues de los vestidos, las ondas de sus cabellos. Es imposible no conocerla y no admirarla, por que dan de su persona y de sus adornos pelos y señales, como si se tratara de un objeto que ha de adjudicarse en pública subasta.

Y en efecto: desde el punto de vista de los encajes, de los diamantes, del terciopelo y de la seda, Margarita es una criatura encantadora.

En cuanto á su belleza consiste en la extraña mezcla de dos tipos distintos: sus ojos pardos son de dia casi azules y de noche casi negros, sus cabellos castaños dejan ver á la luz ondas casi rubias y á la sombra casi negras: es casi blanca y casi morena; la nariz fina y correcta se detiene discretamente sobre una boca grande, fresca y graciosa.

Cuando está séria, la expresion de su fisonomía es dura; pero la suaviza la sonrisa mas dulce del mundo: mira como una mujer y sonrie como una niña; y es que hay en su mirada esa penetrante malicia de la mujer que todo lo sabe, á la vez que resplandece en su sonrisa esa ino-

cencia atractiva de la mujer que todavía no sabe nada.

En cuanto á su edad no es fácil averiguarla, sin tener á la mano el dato fehaciente de su partida de bautismo: sus miradas dicen «voy á cumplir veinticinco años» su sonrisa protesta diciendo: «Todavía no he cumplido diez y seis.»

Y este mismo contraste se observa en toda su persona: en ciertas ocasiones se la vé doblar la cabeza humildemente como si quisiera decir: «Obedezco»; en otras ocasiones, irguiendo la frente, descubre en ella la expresion enérgica de un imperioso pensamiento. Entónces dice: «Yo mando.»

Su talle flexible y bien contorneado se presta á movimientos de una cadencia armoniosa en los que el observador puede advertir dos impulsos opuestos que suelen ir juntos, como van juntos el cuerpo y el alma: hay en ellos sensualidad y pudor; su paso firme y vacilante al mismo tiempo es voluptuoso y corto.

Una vez metido en el inventario de las prendas que constituyen su persona, será preciso que añada dos pormenores, sin los que el retrato resultaría cojo y manco.

Los lectores querrán saber qué especie de manos le ha concedido la naturaleza y no hay

para que ocultarles, que sus manos son blancas como la nieve, que en su trasparente blancura dejan ver á intérvalos las líneas azules de las venas, que los dedos redondos se prolongan disminuyendo hasta terminar en unas uñas finas y sonrosadas, que en el nacimiento de cada dedo aparece y desaparece un hoyo imperceptible segun se abre ó se cierra la mano; y en fin, que todo está contenido en el menor espacio posible, porque la mano de Margarita es todo lo pequeña que debe ser.

Los lectores, mas curiosos todavía que las lectoras, querrán que levanten un poco la onda del vestido y les descubra el pié correspondiente á semejante mano; mas yo no debo permitírme tanta libertad y además no quiero permitírmela. Advierto únicamente que, cuando se dice mano bonita se dice pié gracioso; porque los piés y las manos son dos extremos que marchan siempre en perfecto acuerdo.

Los que no satisfagan su curiosidad deduciendo la perfeccion del pié de los encantos de la mano, será preciso que se resignen á tener paciencia.

La voz viene á ser una faccion que influye poderosamente en el atractivo de la persona: así como hay en la mirada rayos que penetran

hasta el fondo del alma, de la misma manera hay en la voz inflexiones delicadas, tonos armoniosos que dan á la palabra una elocuencia irresistible.

He observado en las luchas de la palabra que la razon es una gran cosa, que la multitud dispensa de ella fácilmente al que dispone del influjo seductor de una voz agradable. Desgraciada razon la que tenga que luchar con un acento armonioso si es una multitud el juez de la contienda y ese juez ha de fallar en el acto. La razon convence y la música conmueve.

Por absurdo que sea lo que se llama argumento de una ópera aplaudimos siempre que el músico acierta á entusiasmar nuestros oidos. Es mas; hasta la mala música nos sonará bien si el tenor ó la tiple disponen del supremo recurso de una voz soberana: el argumento se pierde debajo de la música y la música debajo de la voz.

Por eso hablar á la razon de una multitud es, por regla general, perder el tiempo; mas habladle á los sentidos y la tendreis subyugada. Semejante á las serpientes de cascabel, se deja cazar atraida por los sonidos de una flauta.

Lo que digo de la voz puede decirse de la palabra, de la elocuencia, del arte. La sobera-

nía popular es la soberanía de los sentidos. Los aduladores de los reyes se llaman cortesanos, los cortesanos de la plebe se llaman charlatanes; charlatanes que peroran, que escriben, que hilvanan comedias, que tejen novelas, que sacrifican la verdad al aplauso, la razon á la ganancia y que en el bajo imperio del pueblo cultivan la baja política, la baja elocuencia, la baja literatura.

Debo hacer una justa distincion: la plebe de que hablo se encuentra esparcida en todas las clases de la sociedad; mas bien, todas las clases tienen su plebe. Así es que, al decir pueblo bajo, me refiero á todo lo que hay de extúpido y corrompido en la clase alta, en la clase media, y en la clase baja.

Mas dejando aparte esta digresion caprichosa convengamos en que la voz puede ejercer un poderoso atractivo. Voces hay que se ven solicitadas todos los años por las mas opulentas capitales del mundo, y que los públicos mas ilustrados pagan á peso de oro.... Es verdad que son voces de *primo cartello*.

La voz de Margarita vibra con ese timbre particular, pastoso, que tanto se pega al oido y que los músicos designan con el nombre de voz de *contra-alto*. Al principio causa una sen-

sacion penosa; el oido espera á cada momento una desafinacion; más á poco se acostumbra á ella y la voz se hace inolvidable.

Diré algo de un carácter.

¿Qué es el carácter? Lo que hace al hombre amable ó aborrecible, brillante ú oscuro, grande ó pequeño: es un espejo en el que las cualidades se engrandecen hasta hacerse gigantescas ó se empequeñecen hasta hacerse insignificantes. Si bien se mira se verá que el carácter ha hecho mas grandes hombres que el génio: los grandes talentos admiran, ilustran, entusiasman; los grandes caractéres subyugan.

Hoy no se ven grandes hombres porque no hay grandes caractéres. Diríase que se ha extinguido el brillante reflejo con que la grandeza del alma iluminaba las acciones, las palabras, las empresas, la vida de los grandes hombres.

En medio de esta fiera igualdad, de esta igualdad asoladora que hace igualmente bajos á todos los hombres, que ha convertido todas las clases en vulgo, reduciendo á la sociedad á la condicion de plebe, solo distingo, elevándose inmensamente sobre todos los poderes humillados de la tierra, un gran carácter, uno solo en cuya nobilísima frente resplandece la doble corona de la santidad y de la desgrácia, y cuya

voz de mansedumbre y de verdad conmueve al mundo desde las augustas bóvedas del Vaticano.

Yo no encuentro hoy entre las presentes grandezas de la tierra, mas que esa grandeza del cielo.

El carácter grande ó pequeño, alto ó bajo viene á ser como la fisonomía moral del alma y en las irregularidades del carácter de Margarita se dibujan las vacilaciones de su corazon y las indecisiones de su espíritu.

Salta fácilmente del aturdimiento á la reflexion y su habitual y movible alegría cede algunas veces, bruscamente interrumpida por súbitas tristezas. Como si su alma pasara por un extraño crepúsculo, asoman alternativamente á su semblante los resplandores del dia y las sombras de la noche.

Tan vivo contraste dá á su ser un aire de encantadora frivolidad, que añade al atractivo de su lujo y de su hermosura la seduccion de la inconstancia.

Para unos es caprichosa como una niña consentida: para otros es coqueta como una mujer mimada.

Las jóvenes dicen: ¡¡Qué loca!! y sin darse cuenta de ello intentan imitar sus locuras.

Las jamonas exclaman: ¡¡lo que sabe!! y prodigan á su talento las mas crueles alabanzas.

Las viejas han convenido á media voz en que es tonta.

Entre los hombres no son los pareceres menos diversos, pero todos parten de estas tres suposiciones fundamentales.

Para los muchachos ¡Qué inocente!

Para los hombres...¡Qué impenetrable!

Para los viejos ¡Que temible!

Su presencia produce tres exclamaciones correspondientes á esos tres pareceres.

Al entrar en un salon, al aparecer en un palco, al cruzar un paseo indolentemente reclinada en los ricos almohadones de su magnífico landó, exclaman:

Los muchachos con la boca abierta:—¡qué ángel!

Los hombres, mordiéndose suavemente los lábios:—¡qué mujer!

Los viejos, rascándose maquinalmente la oreja:—¡qué demonio!

Sin embargo se ha convenido por todos en un punto muy importante, á saber: que la señorita de Miramar ha recibido una educacion brillante.

BIBLIOTECA PÚBLICA

Conviene advertir que la brillantez es un fenómeno de los cuerpos cuyas superficies no dan paso á la luz, y que por consiguiente al recibirla la despiden y al despedirla la reflejan. Por eso lo brillante no puede ser perjudicial.

Mas el hecho es que la señorita de Miramar monta á caballo con la destreza de un hombre y con la gracia de una mujer.

Además pinta, sino con correccion, con soltura; y hay en su lápiz líneas atrevidas, y en su pincel tonos audaces. En los paisajes sobre todo se despacha á su gusto; y al retratar á la naturaleza se empeña en corregirla y acaba por atropellarla.

Pero su lápiz es tímido y su pincel indeciso si trata de bosquejar los contornos de una cabeza; entonces parece que busca un modelo que no encuentra.

Su maestro de música está desesperado por que sus dedos ágiles se niegan al rigor estricto de los métodos, porque liga ó desata las frases con una independencia imperturbable, depresiva de la severa autoridad del arte clásico; por que corta ó alarga las notas, imprimiendo en ellas la espresion fantástica de un gusto particular.

Y su desesperacion consiste en que todo eso

lo hace Margarita ejecutando con maestría, con destreza, con verdadera posesion del piano, con completo dominio de las teclas; y el pobre hombre no alcanza á explicarse cómo se han podido reunir en la misma persona unas manos tan dóciles y un gusto tan rebelde.

Cada vez que el maestro hace un gesto de disgusto Margarita sonrie de satisfaccion y él se encoge de hombros indeciso entre aplaudirla ó matarla.

Los dias de leccion entra en la casa alentado por la esperanza de corregirla; y á la media hora sale abismado en el convencimiento de que es incorregible.

Lo mismo que toca canta.

La admira y la detesta: la admira porque tiene en la voz y en los dedos el génio de la música; y la detesta por que es una criatura invencible que se burla del arte.

Unas veces se irrita y otras veces se aflige. Despues de proponerse abandonarla á las extravagancias de su mal gusto, siente con mas ímpetu el deseo de vencer su obstinacion. Es una lucha que le quita el sosiego; no piensa en otra cosa: está herido su orgullo de maestro y desgarrado su corazon de artista. Y lo peor de todo es que experimenta horribles temores de que su pro-

pio gusto se corrompa bajo la influencia avasalladora de tan tenaz discípula. Y semejante sospecha lo pone fuera sí; porque tiene miedo de tener miedo. En fin, es una idea fija que lo persigue y lo domina, una angustia ridícula, un dolor risible que puede volverle loco.

Por lo demás la señorita de Miramar habla en inglés con bastante desembarazo; posee el francés; no le es completamente desconocido el italiano, y sabe aprovechar la energía y la dulzura, la majestad y la gracia de la lengua castellana.

Si á esto se añaden algunos elementos de historia, ciertas nociones de geografía y de física, las cuatro reglas de la aritmética, la idea de Dios algo confusa por no conocer fielmente de memoria las bellas definiciones del catecismo, principios de moral un tanto cómodos, algo *doctrinarios* para que puedan avenirse las asperezas de la virtud con las dulzuras de la conveniencia. Si se añade, en fin, la lectura de unas cuantas novelas de *Dumas*, de *Soulie*, de *Súe*, etcétera, se tendrá una idea completa de la brillante educacion que ha recibido Margarita.

Desde que la materia, segun los autores del nuevo *Génesis*, perdió la milagrosa virtud de producir por sí misma al hombre hecho y dere-

cho, los que venimos al mundo nos vemos en la doble necesidad de nacer niños y de tener padres. Hé aquí la razon porque Margarita es hija de los señores de Miramar.

Ella está contenta y ellos orgullosos.

Además del vivo sentimiento que los hijos inspiran en el corazon de los padres, Margarita tiene á los ojos de los suyos el singular mérito de ser hija única.

Todos los hombres pueden ser padres y francamente todas las mujeres desean ser madres; mas ¿debieran serlo todos? No basta ser padre, no basta ser madre, es preciso saberlo ser. ¡Es tan triste deberles la desgracia á aquellos á quienes al mismo tiempo les debemos la vida!

Del regazo de la madre sale el niño sano ó enfermizo, débil ó robusto, llevandó en su sangre el gérmen de la vida ó de la muerte; del seno de la familia sale el hombre bueno ó malo llevando en su corazon y en su entendimiento el gérmen de su dicha ó su desgracia.

Hay ternuras funestas y cariños crueles: el amor á los hijos no es un amor ciego, por que precisamente es un amor que necesita verlo todo.

Pues bien: los señores de Miramar son unos padres que no ven mas que por los ojos de su hija.

Hermosos ojos sin duda, pero ojos al fin, que poco acostumbrados á los efectos de la luz del mundo, toman las perspectivas por realidad.

Ella es la reina de la hermosura y de la moda, y sus padres son los primeros cortesanos de su belleza, de su juventud, de sus caprichos y de su lujo.

¡Cómo la quieren!

¡Cuántas mujeres al verla le envidiarán la fortuna de ser hija única de semejantes padres!

Tal es el mundo y tal es Margarita.

II.

LA CARTA

Por el silencio que *Marí* nota, aplicando el oido á la puerta que conduce á las habitaciones de Margarita, infiere que esta duerme todavía. Y le causa extrañeza; porque en su calidad de doncella de la señorita de Miramar sabe que aunque trasnocha, madruga y es el caso que son ya las diez de la mañana.

Marí se llamó siempre María, pero desde que sus felices disposiciones la han elevado al rango que ocupa en tan opulenta casa, el buen gusto le ha suprimido la última letra. María es un nombre más bello, pero *Marí* es un nombre más francés. Ella se muestra tan satisfecha de la supresion, que cuando algun criado de la casa,

ó alguna amiga antigua le dicen María no puede disimular el enojo que le causa. Sobre todo el cochero le tiene quemada la sangre porque el bárbaro siempre que la llama le ha de decir Maruja.

Por lo demás es una muchacha fresca y risueña, con un modo de mirar, un modo de sonreir y un modo de ser que le proporciona muchos amantes, sin que entre tantos consiga la infeliz encontrar un marido. De modo que no es doncella por pura vocacion.

Ahora la encontramos sin saber qué hacer, indecisa entre penetrar en el cuarto de su señorita ó esperar que esta la llame.

Mientras por segunda vez aplica el oido á la cerradura de la puerta discurre del siguiente modo:

«Ya sé que no debo entrar mientras no me llame, pero estoy segura de que me llamaria si estuviera despierta; luego es claro que duerme. Es muy tarde, no me está prohibido despertarla y debo hacerlo; mas ¿cómo la despierto sin entrar? Ya veo la nube que se me viene encima. Si la dejo, Dios sabe cuándo saldrá de tan profundo sueño; y entónces podrá decirme muy séria: «Ya sabe V., *Marí*, que no me gusta dormir tanto.» Mas yo podré replicarle muy fresca:» Como la se-

ñorita no ha llamado... Sí, pero la conozco y dirá sin detenerse: «¿Cómo habia de llamar si estaba durmiendo?» Pues supongamos que entro y se despierta y me pregunta: «¿Qué ocurre?» y tendré que contestarle: «Nada..... es que como la señorita no llamaba.....» «Pues sino llamaba, volverá á preguntar con mucha razon, ¿á qué viene V.?»

No se qué hubiera hecho al fin *Marí*, si en el momento de su mayor perplejidad no hubiera aparecido un criado que llevaba una carta en la mano. La doncella lo ve, más él finge no verla y grita: «María...» María se muerde los labios por toda respuesta. «Maruja, Maruja,» vuelve á llamar el criado, y Maruja da hácia él un paso imponente, majestuoso, teatral, con todo el aire de una reina ofendida.

—¡Ah!..... perdone V., *Marí*, exclama el socarron. Esta carta es para la señorita; la acaban de traer ahora mismo.

Marí se la arranca de las manos y le vuelve la espalda: ambos se separan bufando, la doncella de rabia y el iacayo de risa.

No hay mal que por bien no venga. La carta es un recurso, un pretexto para entrar en el cuarto de Margarita y salir de situacion tan apurada; tanto mas cuanto que las armas del sello y las iniciales del sobre anuncian un asunto

urgente de la baronesa de C., amiga íntima de la casa y particular admiradora de las distinguidas prendas de la señorita de Miramar.

Marí que por la insolencia del criado toca con las manos al cielo, ve al mismo tiempo en la carta el cielo abierto, y sin mas vacilaciones, la coloca sobre una bandeja de plata, empuja la puerta que cede sin rechistar y entra.

Admírase al ver que la luz penetra maliciosamente por los balcones entreabiertos, cuyas maderas cerró ella misma la noche anterior. Se dirige al dormitorio y su admiracion se convierte en expanto al ver que la suntuosa cama de la señorita de Miramar se halla vacia.

—¡Cómo puede ser esto! ¡Cómo ha desaparecido! No estando en la cama, ¿dónde está? ¿Qué misterio se encierra en tan incomprensible suceso?

La doncella se encuentra aterrada porque lo qué ve es increible y otra vez cae en la terrible situacion de no saber qué hacer. ¿Qué seria mas prudente, más propio de las circunstancias? ¿Gritar? ¿huir? ¿desmayarse? Todo hay que pensarlo. Gritar, seria dar ocasion á un escándalo; huir, equivaldria á declararse cómplice; desmayarse, es perder tiempo.

Y el caso es que la señorita de Miramar no

está allí; la cosa es grave y urgente y si no sabe qué hacer tampoco sabe qué pensar. Su imaginacion novelesca la hace estremecer, presentándole la idea de un rapto: en la necesidad de pensar algo piensa lo peor..... ¡La señorita de Miramar es tan codiciada!.....

Registra con los ojos el aposento y todo lo encuentra en órden; nada indica que haya ocurrido allí cosa alguna extraordinaria. Sólo advierte que la luz de la lamparilla arde tristemente sobre el mármol de la chimenea, encerrada en su bomba de porcelana, y cuyos resplandores rojos parecen avergonzados de verse ante la luz del dia.

De repente la mirada absorta de la doncella se fija en la puerta que conduce al tocador y nota que no está cerrada como debia estarlo, y deduce, por la claridad que despide, que tambien en el tocador se han abierto los balcones.

Antes de dar un paso reflexiona:

—Si la señorita no está en el tocador no está en ninguna parte, y en el tocador es imposible: para estar ahí ha tenido que levantarse, y para levantarse me hubiera llamado. Yo soy sus piés y sus manos.

Esto es tan concluyente para *Marí*, que no encontrándola en la cama cree ó que ha sido ro-

bada ó á lo menos que se ha evaporado. Cosa muy posible, porque ¡Margarita es tan espiritual!.....

Así es que al poner el pié sobre la rica alfombra que cubre el pavimento del tocador, su asombro llega al último límite; y no dando crédito al testimonio de sus propios ojos exclama:

—¡¡¡La señorita aquí!!!

En efecto allí está envuelta en un magnífico peinador, cuyos sueltos pliegues hacen como que ocultan los contornos de sus correctas formas en las que no me es permitido detenerme.

Allí está sumergida en los brazos cariñosos de una butaca envidiable, con sus preciosos piés cruzados sobre un taburete más envidiable todavía. La cabeza descansa indolente sobre la mano izquierda, mientras la derecha retuerce con sus dedos sonrosados los finos encajes que adornan y enriquecen las ondas de su bata inmaculada.

Allí está medio pensativa, medio risueña, medio dormida y medio despierta.

Al ver el semblante expantado de su doncella, sonriendo y bostezando, le dice:

—¡Ay! *Marí*... me fastidio soberanamente.

La pobre muchacha no es tan corta de alcances, que no comprenda perfectamente cuán-

to puede aburrirse una gran señora sin el auxilio de su doncella; pero no alcanza á comprender, porque no le cabe en la cabeza, cómo la señorita de Miramar ha podido levantarse y vestirse sin *Marí*.

La tenacidad de semejante idea le obliga á decir:

—Como la señorita no me ha llamado....

—Me parece, replica Margarita con viveza, que para aburrirme no necesito á nadie.

La doncella se encoge de hombros y le presenta la bandeja que lleva en la mano. Margarita coge la carta con perezosa indiferencia, lée rápidamente el sobre y la deja caer sobre su falda.

Al mismo tiempo el reloj que late tranquilamente delante del espejo del tocador hace sonar dos veces su agudo timbre, como si quisiera poner dos puntos á la conversacion.

—¡Las diez y media! exclama la doncella.

—¿Y qué me importa? dice Margarita.

—Los señores han pedido el coche para despues del almuerzo.

—Hoy no pienso salir de casa.

—Tal vez la señora baronesa cuente esta tarde con la señorita.

—Quiere decir que habrá echado mal la cuenta.

—Pero esta noche hay *do* de pecho; Tamberlick canta el *Otello*.

Margarita mueve la cabeza con impaciencia, diciendo:

—Tengo jaqueca.

—¡Dios mio! ¿La señorita está indispuesta?

—Lo mismo da. No quiero vestirme, no quiero salir, no quiero ver á nadie. ¿Comprende V., *Marí*?

—Señora es tan incomprensible!...

—¡Báh!... entonces, la descubriré á V. mi corazon.

La doncella casi enternecida por tan señalada muestra de confianza, se acercó á la señorita de Miramar, quedándose en la actitud expresiva de quien va á recibir una confidencia inesperada é íntima.

—Ha de saber V., continúa Margarita, que me siento hoy poseida de un deseo extraño..... original.... enteramente nuevo.

—¡Ah!... lo comprendo muy bien; pero ¿qué puede desear la señorita que no se le cumpla en el acto?

—Lo que es este deseo, apenas ha nacido y ya empieza á verse contrariado.

—¡Es posible!...

—¡Oh! sí. Es un deseo contra el que se le-

vantan tantas dificultades como personas me rodean, tantos obstáculos como gentes me visitan, tantas contrariedades como amigos me distinguen con sus lisonjas..... ¡Ah! es cruel; es muy cruel esto.

—Pero ¿qué desea la señorita?

—Por lo visto un imposible.

—Veamos, veamos.

—¿Es V. discreta?

—Puedo jurar que.....

—Pues bien, juzgue V. con toda imparcialidad. Deseo..... fíjese V. bien; deseo estar sola.

Marí es en efecto discreta, comprende todo el valor de la confidencia y se retira muda y cabizbaja. La pobre muchacha está á punto de que se le salten las lágrimas; cuando cree que ha conquistado la confianza de la señorita de Miramar, se encuentra con tan cruel despedida..... tan cruel, como injusta.

Sin embargo Margarita tiene buen corazon y al verla salir no ha podido ménos de exclamar: ¡pobre muchacha! Pero al fin ya está sola, que es su deseo, ó su capricho de este dia; ya no hay allí nadie que la interrumpa en la voluptuosa tarea de no hacer nada, ni quien la distraiga del vago placer de pensar en cualquier cosa. Está sola.

¿Sola?... Muy pronto lo he dicho.

Hay sobre sus rodillas una carta cerrada, cuyo sobre se le mete por los ojos tenazmente diciéndole: abreme. Siente que una mano invisible llama á la puerta de su curiosidad, de esa loca que todo lo quiere saber; y le parece que del fondo de la carta que tiene delante, sale una voz sin sonido que le grita incesantemente: «oye, oye, oye.»

Es difícil sustraerse al interés que inspira una carta cerrada, sea la carta de quien quiera. Se cierra la puerta á las visitas impertinentes, se despide á las personas sin verlas, y si no hay más remedio se las oye como quien oye llover. Esto es fácil y ocurre con frecuencia. Pero no se cierra nunca la puerta á la carta que viene á buscarnos; no hay nadie que rompa una carta sin leerla y no hay manera de leerla sin enterarse de lo que dice.

Conocemos á la persona que nos escribe; es un ser fastidioso, insufrible, que no dice mas que tonterías; si lo vemos venir por una calle echamos por otra; para él no estamos nunca en casa. Mas se nos presenta envuelto en los misterios de un sobre, bajo la forma incitadora de una carta y sin vacilar la recibimos, la abrimos y la leemos.

No hay ocupacion ni placer ni dolor en que una carta no pueda sorprendernos y por consiguiente interrumpirnos.

Tener delante una carta no es estar solo. Es estar con alguien que nos habla, que nos distrae de nuestros pensamientos, que nos saca de nuestras meditaciones, que corta nuestra soledad, que dispone de nuestra atencion, que nos aparta por mas ó menos tiempo de las mas urgentes tareas, de las mas íntimas alegrias y de las mas profundas tristezas.

Este efecto lo produce cualquiera carta, y por extraordinaria que sea la idea que el lector haya formado de Margarita, en la mayor parte de las cosas no pasa de ser una mujer como las demás. Está, pues, delante de la carta de la baronesa, dominada por la curiosidad propia del caso, y aún mas; porque observa con extrañeza, que lo contenido dentro del perfumado sobre presenta un volúmen excesivo.

—¿Qué le habrá ocurrido á esta buena señora? se pregunta; y añade: aquí hay algo mas que una simple carta.

Y examina el sobre ya por un lado, ya por otro, con esa pueril impaciencia con que algunas veces pretendemos indagar lo que contiene una carta antes de abrirla.

La curiosidad es un deseo; y, como todos los deseos, se aumenta en razon directa de las dificultades que se le oponen.

Cuanto mas se niega el sobre impasible á descubrir el secreto de la correspondencia que contiene, mas vivo es en Margarita el deseo de averiguarlo y como averiguarlo está en su mano, rompe al fin la obstinacion del sobre.

Justa era la observacion de la señorita de Miramar acerca del volúmen, y justa era su doble curiosidad, porque debajo del sobre habia, en efecto, algo mas que una carta: habia dos cartas.

He aquí lo que le dice la baronesa:

«Querida mia: Mi fiel Pachí acaba de entregarme la adjunta carta, que no se sabe quién ha dejado en casa por equivocacion; y me apresuro á enviártela, pues infiero que en ella apelan á tu filantropía y conozco bien tu corazon.

El lunes es la *soirée* de la Eembajada inglesa dicen que el *bouffet* será expléndido y el *menú* corre ya de boca en boca. Se espera que tu *toilete* será original y encantadora y desde ahora te aseguro que hará furor. He visto el *troussau* de la desposada.. ¡*mon dieu*! ¡*que trousoaus*! los *amateurs* están desconsolados, porque no te vieron anoche en mi *petti comité*; la viudita quiso

usurpar tu gloria, pero tu ausencia y ella..... ¡*que pendent*.....!

«Adios, hermosa niña; te desea un triunfo estrepitoso tu

LOLA.»

Apenas acaba Margarita de leer la carta de la baronesa, saca la otra que por un movimiento irreflexivo y enteramente maquinal habia ocultado en su seno.

Se halla esta segunda carta herméticamente cerrada en un sobre de papel grueso, áspero y moreno, en el que campea con letras dignas de un memorialista el siguiente sobrescrito:

A LA VELLA SEÑORITA DE MIRAMAR.

¡UN DESGRACIADO!

La *v* con que se halla escríta la palabra *bella*, y la *D* mayúscula y las admiraciones de *un desgraciado*, obligan á Margarita á soltar la más espontánea carcajada, lo cual debe hacernos creer que ya no se aburre.

Roto cuidadosamente el sobre por uno de sus cantos, como si la señorita de Miramar no quisiera perder ni una letra, se abre paso un papel fino y sedoso, perfectamente doblado, escrito por las cuatro carillas con tinta de reflejos azules, dejando ver en renglones no muy iguales, los rasgos delicados de una letra menuda, encadenada y clara: letra y papel inesperados en aquel sobre tan poco distinguido.

La letra se parece á la voz, á la fisonomía, al aire, en lo que estas tres cosas tienen de personales; y así como se ha dicho que el estilo es el hombre, se puede decir que la letra es la mano.

Despues de un atento exámen, la señorita de Miramar se convence de que es la primera vez que ve aquella letra y deduce que la mano le es desconocida.

Lée primero con la sonrisa en los labios; despues se pone séria..... muy séria; llega hasta mostrarse enojada, acaba la lectura pensativa y empieza á leer de nuevo.

La carta dice así:

«Tito fué un romano cruel que oprimió y asoló la Palestina en tiempo del imperio, y al que el mundo entonces llamó *delicia del género humano*. V. no es Tito, ni probablemente querrá serlo, porque una mujer jóven, bella y univer-

salmente adulada, no cambia nunca su celebridad por la de ningun hombre. Pero se parece V. á Tito en dos cosas: en que tambien hace V. las delicias del género humano y en que tiene oprimido mi corazon y asolada mi alma.

»Y pregunto: V., que tan fácilmente hace feliz á cualquiera con una palabra, cón una mirada, con una sonrisa, con un saludo, ¿por qué me ha de hacer V. el más desgraciado de los hombres? Lo sé, y voy á decirlo: porque entre todos los que se disputan sus palabras, sus miradas, sus sonrisas y sus saludos, los menos la admiran, algunos la envidian, los mas la codician y todos la adulan; yo sólo la amo.

»Pero V., que antes de llegar aquí habrá buscado al pié de la carta la firma del que la escribe, preguntará enojada: «¿Y quién es V. para pretender mi preferencia?» La pregunta no puede ser mas justa ni mas injusta. Es justa, porque yo sé muy bien que para pretender su preferencia no basta ser *alguien*, es preciso ser *algo*; no es bastante ser *hombre*, es además indispensable ser *cosa*. Es injusta, porque ¿quién la ha dicho á V. que yo busco su preferencia? Yo la amo á V. como Dios la ha hecho; pero no puedo amarla como el mundo la hace; veo en V. dos seres que no puedo separar, uno adorable y otro in-

sufrible: veo en V. lo que es y al mismo tiempo veo lo que debiera ser.

»La mujer que me inspira tan vivo sentimiento no es V., pero está en V. ¿Y qué seria á mis ojos la preferencia de la señorita de Miramar tal como el mundo la ha hecho? Una cosa bien triste para mi amor: la preferencia de su vanidad ó de su capricho. ¿Y qué seria yo á mis propios ojos? Una sombra casualmente encontrada en el camino, en la que descansaria un momento su inconstancia.

»No pretendo semejante preferencia; digo mas, me seria insoportable.

»Mas no es esto sólo: tengo una madre digna de serlo; con el instinto de su cariño ha penetrado en el secreto de mi corazon. Ve que no como, ve que no duermo y ha comprendido lo que yo mismo no comprendo.

»Ayer me propuso un viaje á Alemania y lo he rehusado, no por V., sino por ella.

»Hoy me ha dicho: *No conozco á esa mujer; no quiero conocerla; pero, hijo mio, tal vez sea tu desgracia.*

»Dígame V. si le es posible á un hijo no creer á su madre.

»Entónces ¿por qué le escribo á V.?..... Le escribo, porque me parece una traicion abor-

recerla y no decírselo; amarla, y que no lo sepa.

»¿Mas qué he de hacer para que esta carta llegue á sus manos? No me atrevo á ponerla á disposicion de sus criados, porque ignoro si es V. accesible á todas las cartas.

»Me ocurre un medio..... un medio casi seguro. La pondré un sobre humilde y en vez de llevarla á la casa de la señorita de Miramar, la llevaré por equivocacion á la casa de la baronesa de C., que lo recibe todo. En cuanto esta buena amiga vea el sobre, la enviará á V. inmediatamente bajo la salvaguardia de su letra y de su sello. Vamos, leerá V. mi carta; mas aún, la leerá V. toda.

»Ahora me asalta el temor de causarle á V. una inquietud: la inquietud de la curiosidad. Al ver que me oculto, va V. á creer que soy descaradamente viejo ó extremadamente feo, y eso no es justo.

»¿Quiere V. conocerme?

»En los paseos, en los teatros, en los salones, en todas partes donde V. está, estoy yo. Pues bien; agite V. su pañuelo una ó dos veces como quien despide á un amigo que se vá para siempre y mas lejos ó mas cerca, segun la ocasion y el momento, descubrirá V. en la solapa de

un frac, no mal cortado, las menudas hojas de una sencilla margarita.

»Para mí es indiferente que V. satisfaga ó sacrifique su curiosidad, por que estoy seguro de que la señorita de Miramar no llegará nunca á conocerme.»

Aquí concluye la carta y al pié de ella no aparece firma ninguna.

Terminada la segunda lectura de este extraño documento, Margarita salta de la butaca, inquieta y agitada. Una nube de nombres acuden á su memoria, que va desechando uno á uno.

—«El marqués de..... imposible; el vizconde..... quiá; el duquesito..... es tonto; el baron..... es imbécil; Manolo..... es necio; Luis..... es demasiado cobarde; César... demasiado ridículo; Suarez..... ni pensarlo; Castro..... ¡qué locura! Benlloch..... es záfio; Casavieja..... es muy feo; Villaverde .... es muy viejo.....»

Conforme va haciendo comparaciones desechando nombres, el misterioso personaje va adquiriendo á sus ojos una creciente superioridad.

De pronto le ocurre una sospecha.

¿Andará allí la envidia de alguna mujer?

Pero en ese caso, quien quiera que sea ella,

ha tenido que valerse de un hombre, y Margarita se resiste á creer que el autor de aquella carta sea el instrumento de una ruin envidia. Pero, vamos, se muestra razonable y reconoce que es posible. Entonces..... lo mismo le da: la cuestion es la misma, porque para ella la cuestion es esta.

¿Quién es ese hombre?

¿Debe considerarse víctima de una burla innoble, ó es, por el contrario, objeto de una pasion profunda? Ignora por qué pero se inclina más á lo segundo que á lo primero; y, burla ó amor, intenta sonreirse y no acierta á conseguirlo; se irrita mas, y, es claro, cuanto mas se irrita, menos logra sonreirse.

Alza la cabeza y ve su imágen retratada en la profunda superficie del espejo impasible; se mira, y..... ¡qué singular capricho! por primera vez de su vida la señorita de Miramar no se agrada. Tal vez consista en que nunca se ha visto tan séria; y ya sabemos que la expresion de su semblante es dura, cuando no la dulcifica con la miel de la sonrisa.

Con un movimiento repentino y enérgico echa hácia atrás sus hermosos rizos, que al inclinarse para leer la carta habian caido sobre su frente, como impulsados por una inocente

curiosidad, y asiendo bruscamente el cordon de seda que desciende inmóvil junto al espejo, llama á su doncella.

Por lo visto ha tomado una resolucion.

Marí se presenta inmediatamente, un poco sonrojada, pero muy afable. ¡Pobrecilla! no es rencorosa: ya se ve; parece que la infeliz ha nacido para que todo el mundo la engañe.

Al verla Margarita, le dice:

—Quiero vestirme.

—*¿Para casa ó para calle?* pregunta la doncella

—Voy á salir, le contesta.

—¡Cómo! ¿la señorita no deseaba ver á nadie.....?

—Dígame V., *Marí*, pregunta Margarita sentándose delante del espejo. ¿Hay algo en el mundo mas inconstante que una mujer?

—¡Ay!.... si señora: mas inconstante que una mujer son todos los hombres.

Si no es cierto lo que acaba de decir la doncella, preciso es confesar que le sobra razon para creerlo.

La señorita de Miramar no es completamente del mismo parecer y dice:

—Sí; todos somos inconstantes como las mariposas, hasta que encontramos una luz que

nos quema las alas. Por mi parte hoy quiero hacer alarde de la inconstancia de mis deseos. Hace una hora estaba resuelta á no ver á nadie y ya necesito que todo el mundo me vea. ¿Qué le parece á V. *Marí*?

Marí no encuentra nada qué responder y ella continúa:

—Pero abra V. mas ese balcon, porque me parece que el espejo está oscuro.... no me veo bien..... y quiero luz, mas luz, mucha mas luz.

Marí obedece, calla y observa.

Observa tres cosas: que la señorita de Miramar está algo pálida, algo séria y algo habladora.

III.

ÉL.

Cuando Margarita se presentó en el comedor, ya estaban allí los señores de Miramar; pero aun no se habian sentado á la mesa. El almuerzo empezó silencioso.

Al fin Miramar dejó el tenedor y tomó la palabra.

—Si me prometeis no asustaros, dijo, os contaré lo que me ha sucedido esta mañana.

—Si hemos de asustarnos, advirtió la señora de Miramar, valdrá mas que te guardes tu cuento, por que no debemos esponer á Margarita á una emocion demasiado fuerte.

—Tiene V. razon, señora mia, hablemos pues de otra cosa.

—No, no, dijo Margarita: cuéntalo, cuéntalo: te prometo no asustarme.

—No creais quese trata de un suceso extraordinario capaz de poner los pelos de punta; nada de eso. Es una cosa corriente, sencilla, insignificante, bastante rara; pero que ocurre todos los dias. Imagináos un corro de curiosos dentro del que disputan dos hombres. Uno de ellos se muestra airado, insolente, provocativo; tenia aire de maton. El otro parecia más pacífico, mas razonable, mas prudente. Cuando yo llegué decia el primero: «Necesito una satisfaccion.» «La tendrá V., decia el segundo, yo no las niego nunca.» «Aquí está mi tarjeta, replicó el maton». «Bien, bien, gritaron algunos concurrentes» «No hay necesidad de tarjetas, advirtió el otro, por que mi satisfaccion es muy sencilla, está reducida á cuatro palabras y son estas: «perdone V. caballero; yo no he querido ofenderle.» Estas palabras fueron recibidas con un murmullo que queria decir: «Tiene miedo, tiene miedo.» La multitud, como siempre, se puso heróicamente de parte del mas fuerte, y el *maton* moviendo la cabeza con ademan triunfante, volvió la espalda á su adversario. En aquel momento desembocó en la calle un coche arrastrado por un hermoso *tronco pour sang*, que en un abrir y cer-

rar de ojos se nos echó encima como llovido del cielo. Hubo un instante de confusion, de terrible zozobra: yo sentí una presion circular que me empujó en todas direcciones, y resonó un grito que á la vez se escapó de todas las bocas; un hombre habia caido delante de los caballos, prontos á aplastarle debajo de sus manos, solo Dios podia salvarlo.

Aquí se detuvo saboreando el efecto de su narracion, mas viendo el gesto que ponia su amable esposa y la ansiedad de su hija, continuó:

—No os apureis que todavía no he concluido. Es verdad que el momento era crítico y la catástrofe inevitable; pero he aquí que un hombre audaz se arroja de repente sobre los caballos, interponiéndose entre ellos y el que estaba en tierra; los animales asombrados de aquella súbita aparicion se encabritaron violentamente, y el hombre asido con entrambas manos á la cabeza de uno de ellos quedó suspendido en el aire. Aquello fué ver y no ver.

—¡Que horror!... exclamó la señora de Miramar, mascando tranquilamente.

—Ahora verás, ahora verás, prorumpió su marido con aire satisfecho.

—No quiero ver, no quiero ver, le advirtió

ella; porque pintas las cosas con colores demasiado vivos, y nos vas á regalar una descripcion sangrienta, que no será por cierto un postre del mejor gusto, y dirigiéndose á Margarita añadió: Contentémonos, hija mia, con presumir que ambos serian destrozados. ¿Qué le hemos de hacer nosotras?

—Te equivocas; se atrevió á decir Miramar algo picado: nada de eso sucedió.

Margarita se interpuso diciendo:

—Déjalo, mamá, por que ya imagino lo que pudo suceder: el coche se detuvo. ¿No es esto papá?

—Tampoco señorita.

—¿Entónces?..... preguntaron á la vez la madre y la hija.

—Entónces, replicó Miramar con acento victorioso, el coche *retrocedió*; el que estaba en tierra pudo levantarse y huir, y el que estaba en el aire saltó gallardamente sobre la acera en medio de los aplausos de los espectadores. Todo pasó como un relámpago.

—Mas vale así; pero vamos á cuentas, señor mio. Ibas á contarnos lo que te habia sucedido y no veo que te haya sucedido nada.

—Otro error tuyo, querida mia: en primer lugar todo eso ha podido sucederme; en segun-

do lugar me ha sucedido en parte, pues tuve encima los caballos y me ví debajo del coche; y en tercer lugar, al desembarazarme de la gente que me rodeaba, quise saber la hora en que me habia salvado de tan inminente peligro, y me encontré sin relój. Mas aún no sabeis lo extraordinario, lo sublime del caso. Oidlo bien: el que habia caido de boca delante de los caballos era el maton, el provocatibo, el valiente; y el que le habia salvado la vida era su contrincante, el pusilánime, el cobarde.... ¿Que tal?

La señora de Miramar no queria darse por vencida, y murmuró con soberana indiferencia:

—No encuentro en el suceso nada de extraordinario.

—¡Oh, sí, mamá, replicó Margarita, es un rasgo hermoso!

—Eso mismo decian allí todos...¡Qué corazon, qué corazon!... y sobre todo... ¡qué puños!

—Daría cualquier cosa por conocer á ese hombre. Si lo encontramos en alguna parte, tú me dirás quien es.

—No te fies, niña, tu padre no ha sido nunca fisonomista.

—Es cierto, y además con aquella confusion me fué imposible verlo bien, pero, en fin, imagínate un hombre como otro cualquiera. Solo

puedo decirte que al saltar sobre los caballos se le cayó el sombrero y.....

—¡Dios mio, era calvo!... esclamó la señorita de Miramar sin poder contenerse.

—No, al contrario, de eso estoy seguro; pero llevaba en el sombrero un precioso ramillete de margaritas.

La señora soltó la carcajada diciendo:

—Admirable dato, hija mia, con él te será imposible no conocerle.

Lo que hacia reir á la madre, habia puesto séria á la hija.

—Os daré otro dato mas preciso, dijo Miramar levantándose de la mesa: llevaba un gaban de color avellana.

Habia terminado el almuerzo y los tres salieron del comedor. Al bajar la escalera para tomar el coche, Margarita iba contando los escalones, indicio probable de que pensaba en algo que la hacía bajar la cabeza.

Hé aquí su pensamiento:

«¡Aquella carta! ¡Aquel hombre! ¡Aquel ramillete de margaritas!.....»

O de otro modo:

«¿Serán dos? ¿Será uno? ¿Será el mismo? ¿Será él?.....»

En medio de sus confusiones averiguó una

cosa, á saber: que ya no le eran indiferentes los gabanes de color de avellana.

Cruzó el coche muchas calles, se detuvo delante de muchas puertas suntuosas, en las que iba dejando el lacayo las elegantes tarjetas de los señores de Miramar, y nada notable hubiera ocurrido si de repente no brillara á los ojos de Margarita un relámpago de color de avellana. Era un gaban visto de espaldas, en el momento en que doblaba la esquina de la primera calle que se encontraba á la derecha. El coche marchaba en la misma direccion, y segun la órden dada al lacayo, seguiría la calle hasta el fin, dejando á la derecha la esquina, detrás de la que habia desaparecido el gaban de color de avellana.

Margarita tiró del cordon sujeto al brazo del cochero, gritándole, «á la derecha» en el momento en que no era ya tiempo de dar cómodamente la vuelta: así que el coche se detuvo un instante y comenzó á retroceder, para que los caballos pudieran entrar en la calle designada.

A los señores de Miramar, acostumbrados á los súbitos caprichos de su hija, les pareció aquello la cosa mas natural del mundo, y nada dijeron; además lo mismo les daba una calle que otra.

Mientras el coche tomaba la vuelta, Marga-

rita veia el gaban huir delante de ella con paso majestuoso.

Dentro del gaban iba un hombre; aquel hombre debia tener una cara, y aquella cara era lo que deseaba ver á toda costa.

El coche entró al fin en la calle, y llegó el instante crítico. Margarita hubiera querido detener los caballos un segundo siquiera; estaba segura de que el hombre del gaban volveria la cabeza y miraria al coche, porque eso lo hace todo el mundo, y queria verlo bien. Ignoraba sin duda que las mujeres ven mejor cuanto mas rápidamente miran.

Sucedió lo que estaba previsto: al sentir á su espalda el trote de los caballos, el hombre del gaban volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los ojos de Margarita. Esta ahogó un grito y se refugió en el fondo del coche.

Cuando regresó á su casa se encerró en su cuarto, y circuló entre los criados la siguiente noticia:

«La señorita está sumamente nerviosa.»

Marí hubiera jurado que al entrar en su tocador decia entre dientes: «No es él, no puede ser él.»

¿Qué habia visto la señorita de Miramar? No hay para qué ocultarlo: habia visto, que el

hombre del gaban de color avellana era horriblemente bizco.

Por la tarde salió á caballo.

Hacia una tarde apacible, una de esas tardes con que el invierno suele despedirse de Madrid; tardes que se parecen á las mujeres del Mediodía, en que tienen la mirada ardiente y la sonrisa fresca.

Una mujer jóven y bella, y sobre todo lujosamente vestida, es mirada por todos: á una mujer á caballo la miran hasta los ciegos.

Margarita vió en el discurso de su paseo una série interminable de caras que la miraban, y entónces comprendió que no hay nada mas impertinente, ni mas fastidioso, que una cara que nos mira, cuando no es la cara que buscamos.

Porque ella llevaba en su imaginacion, quizás acalorada, los contornos de una cabeza, cuyos nobles rasgos debian ser los de aquel modelo que su pincel no acertó á encontrar nunca.

Alguna vez creia distinguir entre la gente que encontraba al paso, rayos de color de avellana, que iban á herir sus ojos; mas hacia botar á su caballo para no verlos, por no encontrarse con aquella mirada bizca, que tan cruelmente habia torcido su pensamiento.

Pronto se vió seguida de una escolta de ji-

netes que se disputaban el honor de sus favores, y esta vez no hubo motivo de queja, todos quedaron iguales: no prefirió á ninguno: porque las mujeres, cuando no dan con el hombre que buscan, suelen vengarse de su desgracia en los hombres que encuentran.

Repentinamente la señorita de Miramar detuvo su caballo, que quedó inmóvil. La escolta la rodeó sorprendida.

—¿Qué ocurre? preguntaron.

—Ocurre, que soy la mujer más fatal del mundo: acabo de perder una joya que tenia en gran estima: una pulsera.

—¡Una pulsera! repitió el eco de sus admiradores.

—Sí, una pulsera reducida á un simple cordon de oro, que se cierra por medio de una margarita.

Esto queria decir, buscadla, y todos se alejaron deseosos de obtener la sonrisa ó la mirada que habia de ser el premio de tan feliz hallazgo.

—Corrieron de una parte á otra, registraron, preguntaron, ofrecieron y todo fué inútil. ¡Infelices! ninguno pudo encontrarla.

La señorita de Miramar no disimuló su disgusto y quiso retirarse, para lo cual saludó

graciosamente, inclinando la cabeza sin mirar á ninguno, y partió á galope: sólo su padre se atrevió á seguirla.

Se apeó de un salto al pié de la escalera, la subió rápidamente, y seguida de *Marí* entró en su cuarto. Al acercarse al espejo, se paró sorprendida, asombrada. Tenia delante la joya que acababa de perder.

Entre la señorita y la doncella se entabló el diálogo siguiente:

—*Marí*, ¿no me puso V. misma esta pulsera?

—Yo misma, señorita.

—Entónces..... ¿cómo la encuentro aquí?

—Esta ahí.... porque.... porque la han traido.

—¡La han traido!..... ¿y quién?

—Eso es lo qué no se sabe. Un hombre desconocido llegó, la entregó á Francisco, y se fué.

—¿Pero ese hombre, no ha dicho nada?

—Absolutamente nada.

—¡Es muy raro esto!

—Se conoce que la señorita la ha perdido y algun amigo de la casa se la ha encontrado.

—Bien: ¿pero ese amigo por qué se oculta?

Marí no encontró respuesta satisfactoria y se encogió de hombros.

Y en verdad, la respuesta que Margarita

deseaba, sólo ella misma podia dársela. Así es que hizo el siguiente raciocinio:

«¿Quién ha podido encontrarse esta joya?.... Cualquiera.

¿Quién ha podido encontrársela y devolvérmela?.... Algun amigo.

¿Quién ha podido encontrársela, devolvérmela y ocultarse?..... El; solamente él.»

La lógica de las mujeres es terrible: cuando quieren una cosa se hacen á sí mismas argumentos incontestables.

Dejémosla aquí entregada á la tenacidad de su pensamiento, seguros de que pronto vendrá á buscarnos.

Los que no han oido á Tamberlick no saben lo que es el *do de pecho*; pues parece que esta nota singularísima es privilegio exclusivo de la voz poderosa del gran tenor. Quiero decir que el *do de pecho* es una cosa rara, muy rara, tan rara como un Othon entre los numismáticos, como *Tirante el blanco* entre los bibliomanos. Es un prodigio del diapason humano. Nota repentina que vibra un instante y desaparece, dejando en el oido una impresion desagradable y en el ánimo un entusiasmo ardiente. Es poner el grito en el cielo, porque ahí han subido muy pocos y más allá no subirá nadie. En la gimnasia

del canto, es el salto mortal de la voz; grito salvaje que al estrellarse parece que quiere romper el pecho de donde sale.

El *do* de Tamberlick es una nota deslumbradora que no se puede oir frente á frente, como no se puede mirar al sol cara á cara; es un exceso de la voz que produce en los oidos el mismo efecto que causa en los ojos el exceso repentino de una luz inesperada.

Era la última noche que se cantaba *El Otello*, y ya se sabe que lo último inspira tanto interés como lo primero; lo primero porque empieza, lo último porque acaba.

El teatro comenzó á llenarse contra las leyes de la gravedad; empezó á llenarse por arriba. Primero se llenó el *paraiso*, despues se llenaron los palcos por asientos, luego se fueron llenando los palcos principales, y por último, se llenaron los palcos bajos, las plateas y las butacas. Parecia una cascada de gente que se derramaba en semicírculo, formando en el fondo un remanso de cabezas humanas.

Cuando Margarita apareció en el teatro, acababa de alzarse el telon, lo cual no fué obstáculo para que todos los ojos y todos los gemelos se volvieran hácia el palco de las señoras de Miramar.

Iba vestida con suma sencillez, deseando quizá ocultarse mas bien que distinguirse; ver mas bien que ser vista; pero en el lujo, hasta la modestia es lujo, y su presencia ofrecia la agradable novedad de un encantador abandono. Era una especie de incógnito que la descubria en vez de ocultarla, y brillaba precisamente porque no aspiraba á brillar. Por lo visto aquella noche no queria ser ella; pero la celebridad impone tambien sus condiciones, y el mundo está empeñado en que ha de ser siempre la misma.

Despues de una rápida ojeada que le bastó para distinguir los semblantes conocidos de los desconocidos, sin obligarla á saludar á nadie, cogió los gemelos, cubrió con ellos sus ojos y los dirigió á la escena; aunque su mirada furtiva saltaba de cabeza en cabeza y de semblante en semblante por debajo de los gemelos que le servian de pantalla.

Es muy difícil encontrar la cara de la persona que no se conoce; pero vaya V. á convencer de esto á una niña mimada que se obstina en creer que lleva en el pensamiento el retrato del original que busca.

En el segundo acto, Margarita cambió de posicion para extender y completar sus investigaciones. Algunos movimientos bruscos, mal

reprimidos, revelaban de vez en cuando los desengaños que experimentaban sus ojos inquietos. Creian ver algo, miraba mejor y no veia nada.

El segundo acto estaba á punto de concluir, y la señorita de Miramar á punto de desesperarse.

Veíase en medio de las butacas, una que se hallaba desocupada toda la noche, cosa notable en una funcion en que el público se habia disputado las localidades con verdadero encarnizamiento. Margarita reparó en ella: ¿pero qué podia encontrar en una butaca vacia, cuando no encontraba nada en tantas butacas llenas?

Cayó el telon, como debe caer en todo espectáculo dramático, cortando los sucesos y aumentando el interés.

Tamberlick *arrebató* en la escena de los celos, y el *do de pecho*, semejante á un puñal, se habia clavado dos veces agudo y brillante en los oidos del público, como si anunciara la catástrofe del acto siguiente.

Durante el entreacto volvió Margarita á coger sus gemelos y á lanzarlos en todas direcciones con creciente impaciencia. Casualmente descubrió en un palco principal á la baronesa de C... que solícita la saludaba con su abanico: quiso

responder á tan afectuoso saludo, mas... qué casualidad... en vez del abanico tenia el pañuelo en la mano. ¿Qué hacer? Era preciso saludar sin pérdida de tiempo; y lo hizo agitando tres veces su pañuelo, *como quien despide á un amigo que se va para siempre.* Despues abandonó los gemelos, se recostó en su asiento y respiró: parecia que se le quitaba un peso de encima.

¡Qué dichosas son las mujeres cuando hacen lo que quieren sin querer hacerlo!...

Pasó el entreacto, porque todo pasa en el mundo, y empezó el último acto; el acto de la catástrofe.

El palco de los señores de Miramar era un palco bajo contiguo al proscenio, y Margarita se hallaba de modo que tenia la escena á la derecha y el público delante. Excelente posicion para ver sin mirar.

Pronto advirtió que la butaca vacia estaba llena, é inmediatamente sobre el fondo negro *de un frac no mal cortado,* en aquella parte de la solapa que cae sobre el corazon, vió una margarita.

Entonces distinguió una cabeza varonil, un semblante noble, una expresion enérgica y dulce, una mirada franca, y una sonrisa fina.

¡Era él, era él!

¿Correspondia exactamente el original con el retrato que ella llevaba en su imaginacion?... Preciso es confesar que no. Hubo necesidad de hacer algunas rectificaciones... ¿Qué pintor no corrige sus bocetos?

De todos modos conviene advertir que esta última edicion de su pensamiento, salió corregida y aumentada.

Pero... ¿y su nombre?... Lo ignoraba; mas ¿qué habia de importarle su nombre?... Ya tiene uno; se llama *él*.

Sin embargo, Margarita volvió á su casa afligida y despechada.

Aquel hombre, tan franco, tan noble, tan generoso, no habia vuelto ni una vez la cabeza, ni una sola vez habia fijado sus ojos en el palco de los señores de Miramar, ni se habia dejado ver en los pasillos, ni siquiera se habia hecho presente bajo los macizos arcos del pórtico, donde las señoras toman sus coches.

Para cualquiera mujer esto era mucho, para ella era demasiado.

Su corazon queria amarle, su despecho queria aborrecerle, su orgullo queria humillarle.

Aquella noche se soñó á sí misma resplandeciente de hermosura; radiante de fausto, ven-

cedora é invencible. Lo tenia á sus piés vencido, subyugado por el imperio de su gloria.

¡Oh qué triunfo!

¿Este sueño de su soberbia iria á convertirse en realidad?

Allá lo veremos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

I

LOS CUENTOS DE LA ABUELITA,

POR

OTTENURB.

I.

La buena madre.

Ven aquí, angel mio: Antonio, Pedro, Carlitos, venid aquí á la sombra y descansad de vuestros juegos, que hace un calor sofocante y si estais sudados no podreis tomar el baño. Mirad qué hermoso está el mar, ved cómo aquellos niños saltan y brincan entre la blanca espuma de las cristalinas ondas, observad esos otros cómo nadan tras del pequeño navío que les fabricó el tio Antonio; pues bien, si no os estais quietos un cuarto de hora, ni podreis bañaros, ni saltar y brincar como ellos, porque sudareis y la abuelita no quiere que os pongais malos.

Esto decia una respetable señora á unos preciosos niños que jugueteaban en la playa de un

puerto de mar, cuyo nombre pocas veces se aparta de mi memoria.

Y los niños sumisos se reunieron en torno de su abuelita, caritas á la mar para aspirar mejor las saludables brisas.

A Enriqueta, la niña encantadora, se le ocurrió pedir dulcemente á su abuelita, que para entretener el tiempo les contase el cuento de los domingos.

Y los otros tres niños unieron sus ruegos á los de Enriqueta, y la buena señora no tuvo mas remedio que ceder, porque sus nietos habian sido muy buenos durante la semana.

Oigámosla tan atentamente como ellos, porque la abuelita sabe muchos y muy buenos cuentos, algunos de los cuales bien podrian pasar por sucedidos.

Atencion:

En un pueblecito blanco como el ampo de la nieve y medio oculto entre alegres y frondosas arboledas, vivia feliz un matrimonio, modelo de honradez y ejemplo vivo de tierno amor á dos pequeños hijos que el cielo les habia concedido para mayor felicidad y encanto.

Este matrimonio era querido de todos sus convecinos, y muy especialmente de una anciana, que vivia casa por medio, solita con una nieta alegre y candorosa como las florecillas de los campos.

Esta niña se llamaba Enriqueta, aquellos Antonio y Cárlos, y una y otros eran muy amigos, mucho, tanto que no sabian vivir sino juntos.

Para ellos no habia penas; sus padres estaban

buenos, les querian mucho, les complacian en todo y... ¿qué habian de querer mas?

Pero en el mundo no hay dicha duradera: un pícaro vientecillo del Norte llevó una pulmonía á la mamá de Cárlos y Antonio, y la mamá de Cárlos y Antonio tuvo que dejar á su esposo y sus hijitos, para luego á luego esperarles en el cielo.

¡Cuántas lágrimas y suspiros! ¡qué tristeza la de aquella casa!...

Mas era preciso conformarse con la voluntad de Dios: nacemos para morir y los que son buenos, viven y mueren con la dulcísima esperanza de reunirse para siempre en la presencia del Señor.

Pasados quince dias, Enriqueta, Antonio y Carlitos, fueron juntos á visitar el sepulcro de la buena madre, á enviarle tiernísimos suspiros y á regar con sus lágrimas las florecillas que crecian en torno de la sepultura.

Despues los tres amigos tenian una especial complacencia en ir todos los domingos por la tarde al cementerio, para rezar por la buena madre, antes de comenzar sus bromas y sus juegos.

Porque todos tres eran muy buenos cristianos, y los buenos cristianos no tienen miedo ni reparo de ir á los cementerios á visitar los queridos restos de sus padres y á pedir á Dios por ellos.

Porque cuando morimos ¿quién pedirá por nosotros, si á nuestros hijos les infunden pavor nuestros sepulcros y nuestros recuerdos?

¡Ah hijos mios! No hagais caso de esos que os ponen miedo con los muertos. Los muertos fueron como nosotros, y no solamente no han de hacernos nada, sino que tal vez esperan ansiosamente que nos acordemos de ellos, que elevemos al cielo nuestras oraciones, para que Dios les conceda el perdon de sus pecados.

La buena madre de Cárlos y Antonio, debia estar en el cielo, porque sobre haber sido muy buena, sus hijos no le tenian miedo despues de muerta, é iban de contínuo á besar sobre su tumba y á rezar mucho por ella.

Enriqueta les acompañaba siempre, porque como os he dicho, Enriqueta era inseparable, especialmente de Cárlos.

¡Y qué hermosa y qué buena era Enriqueta! Los vecinos del pueblo la tenian por un ángel.

Pobrecilla huérfana, la dulzura de sus ojos, el encanto de su voz, la exquisita delicadeza en todas sus acciones y maneras, le habian conquistado todos los corazones.

Cárlos era alegre y jugueton como los colorines de nuestro jardin, y la opinion general era que habia de ser un buen mozo.

Antonio no era tan guapo, pero sí mas formal y sumiso, y al verle, todo el pueblo decia que habia de ser con el tiempo un buen sacerdote.

Y los años pasaban y pasaban, y Enriqueta se iba haciendo una mujer, y unos hombres sus amigos.

¡Cosa rara! Cuantos mas años pasaban, Enri-

queta jugaba menos con Cárlos; pero le miraba mas.

En cambio, Cárlos apenas si se cuidaba de Enriqueta: habíase apasionado por los libros como Antonió; solo que Antonio no leia mas que los libros del estudio, y Cárlos se procuraba con desmedida aficion libros que no eran los de texto.

Para él, una novela valia mas que todas las gramáticas.

Por eso, sin duda, Antonio no decia ninguna gracia y Cárlos habia conseguido con sus chistes y sus jergas, que los vecinos exclamasen al oirle: ¡lo que sabe!

Y sin embargo, el maestro juraba y perjuraba que Cárlos no era mas que un charlatan mientras que Antonio era su discípulo sobresaliente.

El maestro aseguraba mas, aseguraba que si Cárlos no mudaba, habia de ser muy desgraciado y dar muchos disgustos á su padre.

Con efecto, no parecia sino que el maestro era profeta: al cumplir Cárlos los diez y siete años, se empeñó en salir del pueblo para ver el gran mundo y seguir la carrera de leyes.

Cuando Enriqueta lo supo, se puso triste, muy triste; ¿por qué os parece, hijos mios, que se puso triste Enriqueta?

Queria mucho á su amigo é iba á estar mucho tiempo sin verle.

El padre accedió por fin á los deseos de Cárlos: el dia llegó, y Antonio, Cárlos y Enriqueta fueron al cementerio para que Cárlos se despidiese de su madre.

Y los tres jóvenes lloraron mucho: aun estaban en la edad de que las lágrimas mostrasen los sentimientos del alma.

Cárlos se fué á Madrid, Antonio entró en el Seminario para estudiar teologia, y Enriqueta se quedó solita con su abuela y sus suspiros.

Sin embargo, Enriqueta y Antonio iban al cementerio en los dias que este tenia de asueto á rogar por la buena madre y á hablar mucho de Cárlos.

. . . . . .

Luego..... luego pasaron cinco años sin que Cárlos volviese al pueblo.

Cárlos habia gastado una fortuna, habia dado muchos disgustos á su padre, y tal fué el último, que su padre murió con el corazon destrozado por las penas, y sobre todo, por el convencimiento de que su hijo Cárlos estaba perdido.

Mientras tanto, Cárlos corria todos los cafés de Madrid; asistia á todas las reuniones; lueia en todas las aventuras y se burlaba de la cosecha de calabazas que por dos veces habia recogido en la Universidad.

No sabia una palabra de derecho romano, pero en cambio hacia versos, leia á Victor Hugo y á Dumas, y discutia furiosamente sobre política.

Cuando se veia con una peseta para satisfacer sus vicios, los satisfacia cantando aquel disparate de

Lo que importa es pasarlo bien hoy;
¡quién se acuerda de lo venidero!

Y lo venidero debia ser expantoso para Cárlos.

Llegó á no escribir ni recibir carta del pueblo; llegó á no tener con qué vestir; llegó á no tener qué comer.

Entonces le abandonaron sus amigos y le acometieron los remordimientos; entonces se acordó de su buena madre.

. . . . . .

En una tarde del verano de 18.... densos nubarrones cubrian el horizonte del pueblo de Antonio, Cárlos y Enriqueta: una deshecha tempestad habia estallado y pavorosos truenos retumbaban en las montañas y horribles exhalaciones cruzaban el espacio.

El cementerio estaba solo: las cruces de los sepulcros parecian responder á la voz de la tempestad con aquella insinuante frase de *paz á los muertos!*

De pronto, por encima de la pequeña tapia del campo-santo asomó una cabeza desmelenada, á poco un rostro lívido, y luego el cuerpo de un hombre medio andrajoso, medio caballero.

Aquel hombre era Cárlos.

Cárlos era, pero no venia como el hijo pródigo arrepentido y sumiso á recogerse en la casa de sus padres, venia con un rewolver en la mano á insultar la memoria de su madre suicidándose junto á su sepultura.

La mala vida habia perturbado sus ideas, sus sentimientos, sus recuerdos.

Cárlos se acercó con paso vacilante á la sepultura de su madre, fué á arrodillarse y no pudo; de pronto le pareció oir gemidos en su derredor; le pareció ver alzarse de la sepultura

la sombra de su buena madre pidiéndole, suplicándole que no cometiese el último crímen; dudó un instante, y cuando la crispada mano alzó el cañon del rewolver hasta la sien, un trueno expantoso resonó, una centella vino casi simultáneamente á destrozar la veleta de la ermita, y Cárlos, convulso, como herido por el rayo, cayó desplomado sobre la tumba de su buena madre.

. . . . . .

Cuando Cárlos volvió en sí, se encontró con la cabeza apoyada en las rodillas de Enriqueta que derramaba copiosísimas lágrimas, y con sus manos entre las manos de un jóven sacerdote que tenia los ojos fijos en el cielo.

Cárlos les miró con asombro, volvió á cerrar los ojos, y de pronto, alzándose como impulsado por una fuerza sobrenatural, se echó sobre el sepulcro de su madre, llorando y demandando perdon.

La sombra de su madre le habia salvado.

Enriqueta y el padre Antonio, de rodillas, daban las gracias á Dios misericordioso.

. . . . . .

Un año mas habia pasado.

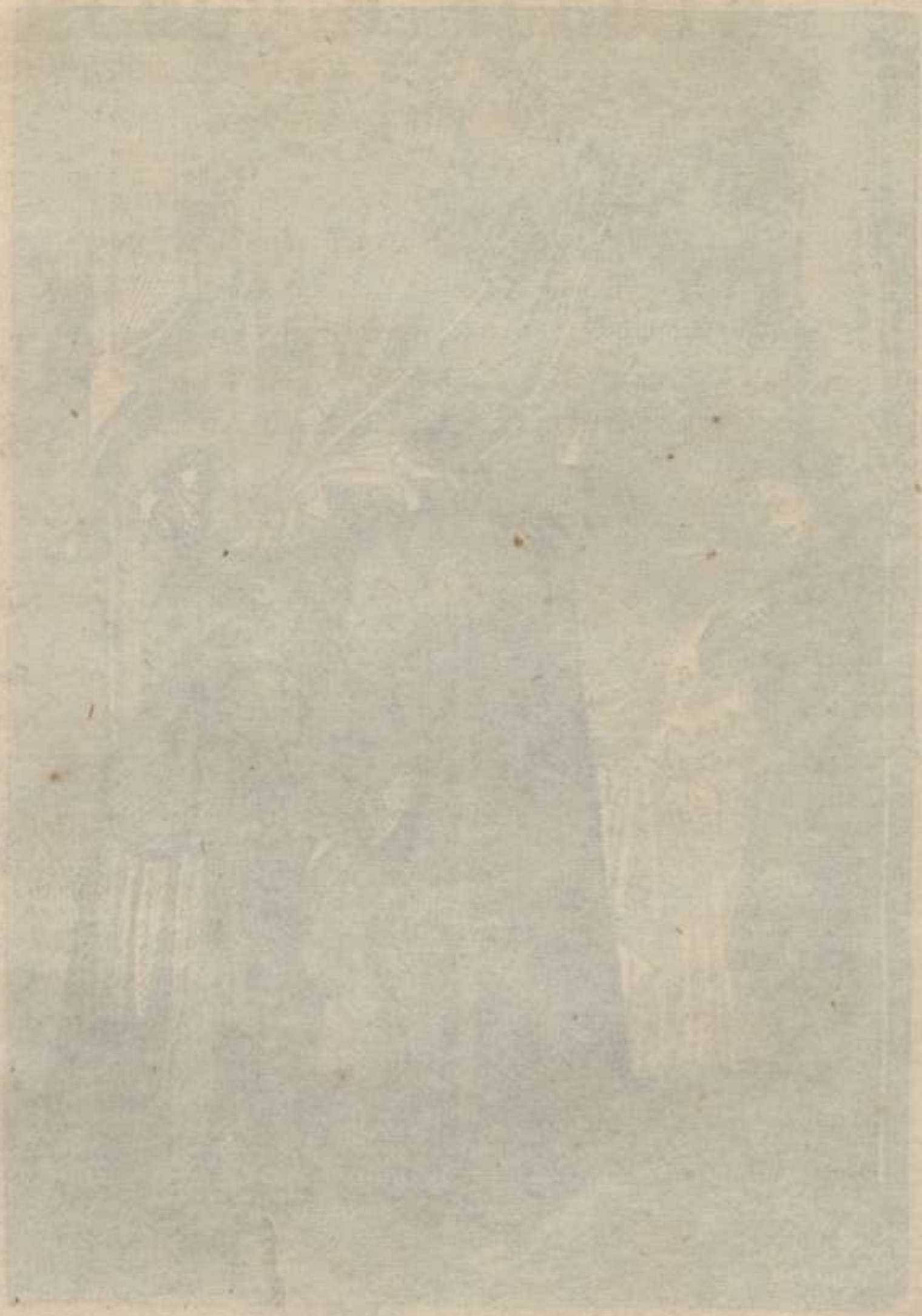
Enriqueta ya no estaba triste, ya no lloraba.

Cárlos, vuelto por completo á los recuerdos de la infancia, hecho un hombre de bien, cuidaba la hacienda que su hermano le habia cedido despues de partirla con los pobres.

En casa de Enriqueta se nota una alegría desusada, y es, que Enriqueta se casa con Cárlos, que el padre Antonio va á bendecir su union.

La corona de la desposada está reducida á una blanca margarita; otra margarita luce sobre el pecho de Cárlos; ambas flores fueron cogidas de la tumba de la buena madre; ella ruega á Dios que bendiga á sus hijos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



Valor, hija mia, valor'

UN DUELO A MUERTE.

POR

JOSÉ SELGAS.

SEGUNDA PARTE.

MADRID.
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE A. MORENO,
Calle de San Lúcas, núm. 6.

1870.

0 0000010 071595

I.

UN BAILE.

Si el embajador de la Gran Bretaña se habia propuesto dar á la buena sociedad de Madrid una fiesta espléndida, justo es decir que la buena sociedad por su parte se habia propuesto hacerla mas fastuosa con su presencia y con su lujo.

Y el caso es, que los políticos mas sagaces miraban de reojo este suceso, que les parecia inmotivado, que no tenia causa aparente, ni pretexto admisible; y como los ingleses todo lo hacen con su cuenta y razon, se empeñaban en que habia de ocultarse en ello algun manejo diplomático de la astuta Inglaterra. Creían, por lo menos, que intentaba disputar á Francia la influencia en nuestros negocios, y de aquí los temores de unos

y las esperanzas de otros. Bien podia ser una mera escentricidad del honorable *Sir*, ó una intriga casera de la espiritual embajadora; pero admítase tan racional hipótesis. y adios perspicacia de los hombres de Estado. No debe perderse de vista que *El Times*, que imprime y publica cuanto se le paga, habia anunciado la fiesta pomposamente, y no se extrañará que los estadistas de corrillo y los políticos de café temieran y esperaran un cambio de ministerio, ó un cambio en la política del gobierno; de modo que estaban fijos en el baile de la Embajada inglesa hasta los ojos de las gentes que pasan la vida en las plazuelas.

A mayor abundamiento corria el rumor de que el secretario de la Embajada española en Lóndres, que acababa de llegar á Madrid, traia para el gobierno pliegos importantes, cuyo secreto hubiera sido imprudente confiar al correo ó al telégrafo, y acerca del que hervian las suposiciones, aunque los mejor enterados dejaban traslucir que se trataba de una vasta conspiracion urdida en España contra el gobierno, y descubierta en Lóndres por la policía inglesa.

El jóven secretario marqués por mas señas, y muy rubio por añadidura, era á propósito para dar pábulo á esta especie de rumores: padecia una verdadera monomanía ó mas bien una ver-

dadera anglo-manía. Para él el mundo era Inglaterra, fuera de Inglaterra no habia nada.

Afectaba todas las maneras de un *Lord*, hablaba en castellano con acento inglés, la seriedad de su rostro aparecia encerrada entre dos patillas perfectamente británicas, como se encierra una palabra entre dos admiraciones ; y de seguro habria resuelto suicidarse de puro *splem*, en el momento en que la fortuna le pusiera en la mano veinte mil libras esterlinas de renta; pero entretanto tenia la excentricidad de ir viviendo con el mezquino sueldo de su importante empleo.

Este personaje internacional se veia asediado por los curiosos, pretendido por las mas altas influencias y adulado por todos, lo mismo hombres que mujeres, pues poseia un secreto de Estado y ya se sabe el interés que inspira la persona, dentro de la que hay algo que queremos averiguar. Ya se ve, él por su parte se daba todo el aire de un profundo diplomático, encerrándose en una reserva sospechosa, eludiendo las preguntas y dejando caer palabras huecas, para que cada uno las llenara con lo que mejor le pareciera. Era por lo tanto el hombre de moda en los salones de la Embajada inglesa. Y no es inverosímil que aquella brillante concurrencia se equivocara acerca de la importancia del jóven secretario; porque

él mismo, allá en sus adentros, se creyó muchas veces un *Pitt* y el mismo embajador inglés llegó á sospechar si en efecto habria algo.

Mas por la inconstancia propia de toda popularidad se vió repentinamente abandonado de la atencion pública: los semblantes que lo circuian suspensos de sus palabras le volvieron la espalda, para mirar á otra parte, movidos por un murmullo general que venia propagándose de salon en salon: se encontró enteramente solo y hubo un momento en que nadie le hizo caso.

¿Quién eclipsaba de aquel modo la gloria de su celebridad verdaderamente inglesa.....? Parece mentira: la eclipsaba la gloria de una celebridad soberanamente española. ¿Quién se atrevia á competir con el grande hombre? Esto es mas creible: una hermosa mujer.

Margarita acababa de entrar en los salones como ella misma se habia soñado: *resplandeciente de hermosura, radiante de fausto; vencedora é invencible.* Habia en su mirada rayos de una claridad deslumbradora, y ofrecia su sonrisa tal dulzura, que era imposible sentirla y no saborearla. su faz graciosa aparecia iluminada por dos tonos de luz distintos, como suele verse el cielo de los paises meridionales en dias de tormenta, pues llevaba en sus ojos los relámpagos de la tempes-

tad y en sus labios el arco-iris. Semejante al enviado de Roma ante los senadores de Cartago, proponia del mismo modo la paz ó la guerra.

Nuestro inglés al verla no pudo evitar una exclamacion involuntaria y se quedó contemplándola con la boca abierta y los ojos pasmados. Mas no tardó en advertir que habia incurrido en una falta grave, admirando á una mujer, sin duda alguna admirable, pero que al fin y al cabo no era *Ladí* ni *Mis* siquiera. Por otra parte le ocurrió la siguiente duda: ¿Le seria permitido admirarla sin haber sido préviamente presentado...?

Entretanto Margarita cruzaba los salones, dejando en pos de sí la alfombra de flores, que la mas fina galantería echaba á su paso. Realmente se hallaba en el esplendor de su gloria y la brillante multitud se agolpaba ansiosa á su alrededor por verla, por saludarla, por sonreirla. Un observador curioso hubiera advertido en ella dos pormenores insignificantes, á saber: cierta inquietud interior que no la dejaba quieta en ninguna parte, y una ligera sombra de mordacidad en sus palabras.

Al pasar de un salon á otro asida del brazo de la baronesa de C., que orgullosamente la acompañaba en su triunfo, se encontró manos á boca con un jóven que iba á entrar al mismo tiempo

que ella salia; él retrocedió un paso, se inclinó con exquisita cortesía y la dejó pasar. Era un hombre, al parecer de treinta años, de semblante noble y varonil, de expresion enérgica y dulce, de mirada franca y sonrisa fina; Margarita lo habia visto ya muchas veces entre la concurrencia que llenaba los salones; pero nunca lo habia tenido tan cerca. Era el único que entre tantos admiradores se mostraba indiferente á los encantos de su resplandeciente belleza; era el único que no habia ido á rendir la mirada atónita ante el imperio de su triunfante hermosura; y hay que decirlo, semejante excepcion la mortificaba mucho.

Margarita pasó por delante de él con la frente erguida y el rayo de sus ojos fué á quebrarse en la mirada tranquila del jóven.

Los celos son armas terribles que las mujeres saben esgrimir con funesta destreza, y no hay una que humillada en su amor ó en su vanidad, no intente herir con ese puñal envenenado.

Hasta entonces la señorita de Miramar no habia hecho preferencia alguna; sus favores equitativamente repartidos entre todos, á todos les dejaba iguales y todos quedaban contentos, porque en rigor ninguno podia decir: yo soy el preferido. Mas comprendió sin duda, que nece-

sitaba elegir un rival, uno solo con que poder herir el rostro indiferente de aquel hombre inaccesible.

¡Uno! .. pero ¿cuál?... Raro capricho de la aritmética de su corazon... entre tantos no encontraba uno: hasta allí su vanidad victoriosa no habia hecho mas que sumar cortesanos; pero desde aquel momento, su orgullo ofendido empezaba á restarlos, sin encontrar un hombre que oponer á otro hombre. No debia salirle la cuenta porque se quedó pensativa, con ese aire particular del poeta que busca un consonante que no está en el Diccionario.

El embajador inglés la sacó del abismo de sus pensamientos acercándose á ella y pronunciando, en medio de una larga reverencia, las siguientes palabras:

—Señorita, con vuestro permiso, os presento á mi honorable colega, marqués de... digno representante en Inglaterra de la diplomacia española.

—Ah, señor, le contestó Margarita haciendo otra reverencia no tan larga, aunque mucho mas graciosa; me proporcionais la ocasion de conocer á una persona cuya importancia llena en estos momentos vuestros salones y os agradezco el honor que me dispensais. Y dirigiéndose al marqués

que se inclinaba como abrumado bajo el peso de aquella lisonja, le dijo: No crea V., caballero, que vamos á ser muy amigos; sé que es V. furiosamente inglés, y hé aquí que yo soy desaforadamente española.

—Oh, exclamó el jóven diplomático; seria una temeridad desastrosa romper las hostilidades con tan bella potencia; me abandonarian en la lucha todos los Gabinetes de Europa, y desapareceria del mapa. Antes bien, si V. desea conquistarme, desde ahora depongo las armas y me declaro sometido.

Margarita le contestó:

—No permita Dios que yo vióle de ese modo el derecho de gentes; seria una usurpacion escandalosa arrebatarle á la noble Inglaterra la admiracion de un hombre tan distinguido.

No he podido averiguar si el secretario tomó estas palabras al pié de la letra, ó les dió un sentido irónico que acaso no tuvieran; ello es que replicó:

—Bien; en ese caso me atrevo á proponer una alianza.

—Eso es otra cosa, dijo Margarita; mi diplomacia es leal y confieso que la alianza me conviene; no veo inconveniente en ello; aliémonos.

Media hora despues la señorita de Miramar

apoyada en el brazo de su aliado entraba en el *bouffet*.

No le faltaba á la súbita celebridad del diplomático mas que la preferencia de Margarita, para que llegara á ese punto crítico en que acaba la admiracion y empieza la envidia. Preferencia bien cruel, porque si hasta entonces habia sido envidiable desde aquel momento empezaria á ser envidiado.

Solo un hombre habia allí que permanecia indiferente á tan codiciado triunfo.

Este hombre, sobre quien la señorita de Miramar queria ejercer á todo trance el influjo de sus seducciones y contra el que habia elegido al afortunado marqués, como un arma de combate, los habia visto pasar una vez y otra por delante de sus ojos, como quien vé la cosa mas natural del mundo; sin embargo de que allá en el fondo de su alma, solo Dios sabe lo que pasaría.

Una de estas veces los siguió con triste mirada, y si me es permitido traducir la expresion de su rostro diria que los miraba con lástima; mas sintió inesperadamente sobre el hombro el peso de una mano amiga, y volviéndose, exclamó con afable sonrisa.

—¡Ola... Montero!...

Montero tenia cuarenta años, largos bigotes,

aspecto marcial y aire decidido. Jugador furioso y duelista impertérrito, su duro y su espada estaban siempre dispuestos para un albur y para un lance. No contaba ciertamente con la fortuna del mas ínfimo banquero; pero contaba con la fortuna de tirar; pedia y daba dinero lo mismo que daba y pedia satisfacciones. Daba generosamente lo que le debian por lo que no pagaba, y vivia como los grandes hombres, de su fama.

Enemigo perpétuo de todo gobierno era por lo tanto un conspirador permanente; habia tomado su inquietud por opinion y no encontraba la felicidad de la pátria porque no encontraba la suya. Tenia parte en todas las rebeliones; la tenia y la tomaba. Unas veces por unos y otras veces por otros su vida pública era una série de sublevaciones, y su vida privada una conspiracion contínua. Sin embargo de tantos sacrificios hechos en aras de la pátria no habia podido pasar de coronel, porque la fortuna suele algunas veces olvidarse del mérito mas reconocido, y de las mas brillantes cualidades. Este militar tantas veces exhonerado era capaz de matar en desafío á medio mundo en nombre del honor.

—Sí, dijo, hace cinco dias que nos conocemos y cuatro que nos tuteamos; te debo la vida, lo cual no es deberte una gran cosa; pero el caso es que

si no eres tan listo, aquellos malditos caballos me hacen harina. Pues bien, desde ese dia soy tu amigo de corazon: te he visto aquí hecho una estátua con la boca abierta como un niño al que se le escapa el pájaro que tenia en la mano, y he venido á repetirte que soy tu amigo. ¿Me entiendes?

El jóven, á quien el coronel Montero hablaba de este modo, manifestó encogiéndose de hombros que no lo entendia.

—Vamos, continuó, puesto que no quieres entenderme, me explicaré: ese inglesito que tan triunfalmente lleva del brazo á la señorita de Miramar, te revienta.

Su interlocutor fué á interrumpirlo, pero le puso la mano en la boca y añadió:

—A tí te revienta y á mí tambien. Es un danzante que ha hecho su carrera sirviendo á todos los gobiernos. Primero fué agente de la policía secreta, despues amante de... ya sabes de quien hablo, y ahora lo tienes de primer secretario en Lóndres.

—Tu lengua, advirtió el jóven, es tan temible como tu espada.

—Sé positivamente, prosiguió, que trae de Inglaterra la lista de todos los que conspiran en España: es un delator infame.

—Lo he oido decir; pero yo te pregunto: ¿Es posible eso?

—Y tan posible como que el núcleo de la conspiracion está allí, y si nos han vendido...

—Verdaderamente, le replicó su amigo, que vuestro destino es bien triste: si conspirais es porque os compran; si os descubren es porque os venden. Yo quisiera saber si es mas honroso ser conspirador que negro de Guinea.

—Tú no eres hombre político, replicó el coronel, y no entiendes de estas cosas.

Durante el curso de la conversacion se habian ido acercando á la puerta de un gabinete, pequeño museo en donde el embajador por gusto y por lujo habia reunido en cuadros y en estátuas, en copias y en originales, preciosas obras de arte.

Montero fué detenido en la puerta por un corro de personas conocidas, en el que al parecer se hablaba y en realidad se mordia. Su amigo entró en el gabinete, y se sentó en el extremo de un divan entregándose á la contemplacion de los bellos objetos que se ofrecian á su vista. Muy pocas personas se veian en este aposento, porque el foco de la concurrencia se hallaba en el salon del baile, lo cual hacia mas cómoda allí la estancia del jóven, que si no era artista, mostraba por lo menos aficion al arte.

La historia del hombre se presentaba á sus ojos bajo la forma de dos mujeres. Admiraba en un ángulo del gabinete la estátua mutilada de la Venus de Médicis, al mismo tiempo que llenaba su alma la celestial belleza de la *Perla* de Rafael. Venus, ni madre ni vírgen: María, Vírgen y Madre. Venus, deleite de los dioses y de los hombres; María, gloria del cielo y de la tierra. Venus, hija de Júpiter; María, Madre de Dios. Veia la mujer que nos pierde y la mujer que nos salva. Admiraba en la estátua la belleza humana. y adoraba en el cuadro la belleza divina. La estátua le mostraba la pureza de los contornos, el cuadro le infundia la pureza del alma. Veia en la estátua pagana, lo que hay de mortal en el génio del hombre; veia en el cuadro cristiano, lo que hay de eterno en el espíritu humano, y sacaba estas dos conclusiones: ¿Qué es la Venus de Médicis?..... Una bella mujer. ¿Qué es la Perla de Rafael?..... Una santa familia.

Entre la estátua y el cuadro habia una puerta que comunicaba con una galería de cristales, verdadero invernáculo donde al calor de las estufas se desperezaban soñolientas las plantas mas raras y las mas bellas flores. En aquella puerta aparecieron la radiante señorita de Miramar y el marqués afortunado: el jóven sorprendido los

miró un momento y volvió tranquilamente á sus meditaciones.

—Bravo: exclamó ella entrando; este gabinete es un precioso templo consagrado al arte. Convengamos en que los ingleses no tienen génio, pero reconozcamos que tienen buen gusto.

El marqués se atrevió á replicar:

—Señora... ¡Y Shaquespehare y Sheridan y Byron y Waltes Scot...!

—Caballero, contestó Margarita, el génio no tiene pátria, pero la pátria menos visitada por el génio sublime del arte, es Inglaterra.

Diciendo esto se desprendió del brazo del inglés y comenzó á examinar los cuadros que cubrian las paredes, hasta volver la espalda al jóven que continuaba abismado en sus contemplaciones. Poco á poco fué retrocediendo, como quien busca el golpe de luz conveniente al cuadro que examina, hasta que al fin dijo: aquí está el punto de vista, y se sentó ¡qué casualidad! cerca del hombre que la desesperaba con su indiferencia.

Allí agotó los recursos de la coqueteria: se permitió todo lo que la sociedad consiente, en lo cual entra algo que la honestidad no autoriza. Descubrió su preciosa mano, destacó sobre el fondo oscuro del divan su soberbio brazo y sus hombros de Venus; marcó las mas seductoras infle-

xiones de su talle; el pie impaciente asomó bajo las ricas ondas de los finos encajes: estuvo triste y estuvo alegre; habló como una loca y llegó á reir como una tonta. Pero todo fué inútil; no obtuvo ni una palabra, ni una mirada, ni una sonrisa, ni siquiera un suspiro.

Aquello era inaudito; no se parecia á nada. Jamás hubiera creido que pudiera existir un hombre semejante.

Entonces debió renacer en su corazon la sospecha de que era objeto de una burla, pues se levantó airada y cogiendo de nuevo el brazo del marqués, se dispuso á salir del gabinete; pero al llegar á la puerta se detuvo exclamando:

—¡Ay... mi abanico ..!

En efecto, se lo habia dejado sobre el divan, casualmente cerca de aquel hombre que ya le inspiraba ódio; un ódio tanto mas profundo, cuanto que habia llegado á convencerse de que lo amaba.

La exclamacion de Margarita hizo que el jóven reparara en el abanico, y cogiéndolo con sumo respeto se dirigió á ponerlo en manos de su dueña; pero ella sin duda esperaba esto, porque apareció en su semblante un gesto de desden tan rápido como expresivo; y clavando en el afortunado diplomático su mirada mas imperiosa, volvió á repetir:

—Marqués... mi abanico.

Y el marqués se adelantó á recoger el abanico de las manos del jóven que se acercaba; mas este lo retuvo diciendo con voz dulce, aire risueño y exquisita finura.

—Creo, caballero, que la cortesía me obliga á disputarle á V. el honor de poner en manos de la bella señorita de Miramar, este precioso abanico que una feliz casualidad ha puesto en las mias.

El secretario miró á Margarita preguntándole: ¿qué hago? y la respuesta fué un brusco movimiento que literalmente traducido, queria decir: «¡Oh, qué impertinencia!» Entonces replicó:

—La cortesía tiene tambien límites muy respetables que no nos es lícito traspasar.

Y diciendo y haciendo, arrebató el abanico de entre las manos del jóven, que se quedó inmóvil, fruncido el entrecejo, y pálido como un difunto, mientras el marqués y Margarita salian del gabinete, él satisfecho y ella vengada.

Solo Montero habia presenciado esta rápida escena, y con la cara mas feroz que habia puesto en su vida, se acercó á su amigo y le dijo:

—Díme ahora que el inglés no te revienta.

—No me conoces, le contestó muy tranquilo. Te juro que no abrigo ni el mas pequeño resentimiento.

—Pues yo, prorumpió el coronel, te juro, que si acertamos á estar en otra parte, ese miserable te devuelve el abanico de rodillas.

—¿Quieres hacerme un favor?

—Pide.

—No hablemos mas de este asunto.

—El coronel se atusó los bigotes, se rascó la frente, miró al techo y al fin dijo:

—Ea, corriente, te lo prometo.

Pasó el resto de la noche sin ningun incidente digno de contarse.

A la hora avanzada en que la concurrencia empezó á disminuir, el secretario de la Embajada española en Lóndres salió á la antesala donde esperaban los lacayos, á pedir el coche de los señores de Miramar: el coronel Montero iba detrás del secretario, y sucedió, que al volver el marqués precipitadamente á decir á los señores de Miramar que el coche esperaba al pié de la escalera, sintió en la pierna derecha por debajo de la rodilla un golpe repentino, que se convirtió en un obstáculo insuperable que le hizo perder el equilibrio, vacilar y caer de boca. Los circunstantes se echaron á reir sin poder contenerse, y el jóven diplomático se levantó como pudo en medio de una ruidosa carcajada.

En toda caida hay algo mas duro, mas insen-

sible, mas cruel que el suelo que nos recibe y es la risa de la gente que nos ve; risa por otra parte tan natural, tan espontánea, tan inevitable, que el mismo que cae se rie siempre que puede.

En otra ocasion hubïera apelado el jóven secretario al recurso diplomático de reirse de sí mismo; pero en la ocasion presente tuvo mas á la mano la ira que la risa, y mas se llenó la medida de su enojo, al ver al coronel Montero, que haciendo grotescas reverencias, le decia:

—Mil perdones, caballero, mil perdones.

La risa de los circunstantes estuvo á punto de estallar otra vez, pero la voz airada del marqués la detuvo diciendo:

—Quisiera saber cómo ha sucedido esto.

Era á Montero á quien se dirigia y Montero le contestó:

—Es muy sencillo y creo que va V. á quedar enterado: la cosa ha sucedido asi: V. venia al mismo tiempo que yo iba, nuestras piernas derechas se han encontrado en el aire cuando menos lo esperaban, la mia es mas fuerte, y V. ha caido.

La cólera del inglés iba en aumento.

—Semejante explicacion, replicó, no puede satisfacerme.

—En ese caso, dijo Montero, no veo mas que

un medio para que V. se satisfaga. Tambien es muy sencillo. Vuelva V. á encontrarme; yo le prometo á V. que tropezaremos, y entonces podrá V. ver por sí mismo, cómo caen los que tropiezan conmigo.

—Eso es ponerse en razon, contestó el inglés; el medio me parece excelente y aseguro que no perderé la ocasion de hacer la experiencia.

Pronto circuló por los salones, de boca en boca y de oido en oido la siguiente especie: «el inglés tiene un lance» y algunos añadian el sitio, la hora, las armas y los testigos que habian de intervenir por una y otra parte.

La baronesa de C. cogió al vuelo todos estos detalles, y acercándose á Margarita y bajando la voz, la dijo:

—Querida mia, tu inglés *pour sang*, se bate mañana.

Margarita se irguió como debió erguirse Inglaterra, cuando supo que Napoleon estaba vencido. Sin embargo, pareció inquieta y preguntó:

—¡Un duelo!... ¿y por qué?

—Por nada, por cualquier cosa: las mujeres por todo lloramos, y los hombres se baten por todo. Imagínate que el marqués, ciego con el triunfo que les has proporcionado, tropieza *tete á tete* con el primero que encuentra, y sin que nadie

pueda impedirlo se le van los piés, y cae de boca: los circunstantes se rien, él se ácalora, el otro contesta y *tableau*.

Pero no te inquietes, añadió, será un duelo á primera sangre; habrá un arañazo y asunto concluido.

Cualquiera mujer á quien se le hubiese dicho tu inglés se bate, habria preguntado ¿con quién? pero Margarita no hizo semejante pregunta, porque... ¿con quién habia de ser? No obstante preguntó:

—¿Y te parece el suceso enteramente casual?

—Puede que no. La envidia es mala, hay muchos que te adoran, tú has distinguido al marqués, y... pero no pienses en ello... ahora caigo, no puede ser, *ne pa posible*.

—¿Por qué?

—Porque el otro es un insigne calavera, *sprit fort*, incapaz de sentir nada por ninguna mujer.

Margarita se puso pálida como la cera.

—Tú, prosiguió, debes conocerlo, estoy segura de que lo conoces. *Si vous plair*.

Margarita se puso encarnada como una amápola.

—¡Yo!... dijo.

—Tú, insistió la baronesa. ¿Quién no conoce al coronel Montero?... ¡Es tan *remarcable*!...

En esto se aproximó el señor de Miramar; su

hija lo cojió del brazo, le aseguró formalmente que estaba muy cansada, y decidieron retirarse.

Entretanto el hombre inaccesible lo mismo á las seducciones que á los ultrajes de Margarita, parecia dominado por una inquietud repentina. Con el aire distraido del que busca lo que no encuentra, recorrió los salones, indagó en las antesalas, registró la galería de cristales, fué al *bouffet*, volvió al salon del baile y todo inútilmente.

La concurrencia empezaba á desaparecer, y la fiesta se extinguia poco á poco como una luz que se apaga, y todavía hizo nuevas investigaciones; pero fueron las últimas, porque corrió apresuradamente al *guarda-ropa*, tomó su abrigo y se lanzó á la escalera.

Al bajar los primeros escalones distinguió al coronel Montero en la puerta, pronto ha desaparecer en la calle, y lo llamó con voz vigorosa. El duelista se detuvo esperando á su amigo.

He aquí lo que hablaron:

—¿Has provocado á ese hombre?

—Sí.

—¿Vas á matarlo?

—Sí.

—¿Y te parece bien? ¿te parece justo?

—Sí.

—Vamos á cuentas. ¿No es á mi á quien ha

ofendido arrancándome de las manos el abanico de la señorita de Miramar? Contesta.

—Amigo mio; prometí no hablar mas de semejante cosa, y no hablaré aunque me hagas pedazos.

Llegaron á una de las esquinas que en ángulo recto forma el palacio de la Embajada, y allí se detuvieron ambos pensativos, silenciosos, sombrios.

Un oficial subalterno cuyo uniforme anunciaba á un ayudante de campo, se les acercó de improviso, y saludando militarmente, dirigió á Montero estas palabras:

—Mi coronel... Debe V. S. presentarse inmediatamente en la capitanía general... es la órden que traigo.

—Ola, ola... exclamó Montero, ya... ya lo comprendo: lo esperaba, aunque no tan pronto. Está bien, está muy bien. Caballero oficial, iré, porque no sé huir, ni cuando me prenden. Y volviendo á su amigo, añadió rechinando los dientes: aquí tienes la mano traidora de ese delator infame. ¿Sabes lo que es esto? Un viaje de recreo en que voy á probar todos los medios de locomocion. Mira el itinerario: desde aquí á la capitanía general á pie; de la capitanía general á las prisiones de San Francisco en coche; de las prisiones

de San Francisco á Cadiz en ferro-carril, de Cadiz á Canarias en vapor. Ya vés que conozco el camino, lo cual probará que sé volver. Pero mañana ese cobarde diplomático se reirá de mí: irá al terreno y yo faltaré... Oh...

Y alzaba las manos y apretaba los puños, porque en su furor, no pudiendo batirse con un hombre, desafiaba al cielo... y preguntaba:

—¿Es esto justo?

—Sí, le contestó su amigo.

—¿Te parece bien?

—Sí.

—¿Te alegras?

—Sí.

—No me sorprende, replicó bufando de cólera; reconozco tu derecho... y si yo no pudiera ir... hablaríamos... Pero iré aunque el cielo se hunda: no hay centinela que me detenga, ni prision que me sujete: si me fusilan, te juro que iré despues de fusilado: el coronel Montero es capaz de resucitar para batirse. Ahora, señor ayudante, estoy á vuestras órdenes.

El oficial lo siguió á una distancia respetuosa guardándole todo género de consideraciones. Y yo pregunto: ¿porque era un coronel ó porque era un conspirador?

Asi acabó el famoso baile de la Embajada inglesa.

II.

EL DUELO.

¿No conocen ustedes el saloncito azul de los señores de Miramar?

Pues es el mas modesto rincon de la casa. Allí el piano abierto, como una boca que sonrie, muestra sus teclas de marfil y de ébano; el caballete presenta mas allá con la seriedad de un juez un paisaje recien concluido, en el que real y verdaderamente la tierra se confunde con el cielo: en este lado una lujosa jardinera deja ver sus verdes hojas y sus menudas flores; en el otro un precioso escritorio de palo santo; en medio un velador cuyas molduras descubren lo macizo de la caoba: cuatro estantes pequeños, que mas parecen de encaje que de madera, encierran libros

selectos ricamente encuadernados; anchos espejos cubren los recuadros de las paredes, multiplicando la luz, el espacio, los muebles y las personas; una limpia chimenea de pulido mármol templa suavemente con su fuego el aire que se respira: jarrones de porcelana ostentan sus vivos colores y alzan sus elegantes brazos ricos candelabros de severo bronce. Y todo esto se destaca sobre el fondo azul, que forman el divan, las butacas, los sillones, la alfombra y las cortinas. Es la pieza en que la familia toma café despues de comer, y donde no entran mas que los amigos de confianza.

Algunos de estos se hallaban reunidos en el salon azul, la noche siguiente al baile de la Embajada inglesa. El duquesito, con su voz de tiple y César con su voz de bajo, entretenian á los demas amigos sosteniendo una disputa que, como todas, parecia interminable.

La señora de Miramar, que habia dormido poco la noche anterior y habia comido muy bien aquella noche, mostraba por el aire meditabundo de su semblante, que no era insensible á las seductoras tentaciones del sueño. Margarita por el contrario escuchaba con particular atencion á uno y á otro; circunstancia que avivaba el calor de la contienda, porque ninguno de los dos habia obte-

nido nunca un honor semejante. Los demas se permitian de vez en cuando alguna exclamacion, inclinándose, ya en favor del uno, ya en favor del otro, segun los incidentes del debate; pero en rigor se puede decir, que oian y callaban.

El duque hacia uso de la palabra en los siguientes términos:

—Yo aseguro, y esta es la cuestion, que el marqués ha herido mortalmente á su adversario. ¡Demonio! ¿Qué inconveniente hay en creer esto?

Y César replicaba.

—Uno solo, á saber: que el caso no tiene precedente, que está por lo tanto en oposicion con la historia, y que además es absurdo. En primer lugar, Montero cuenta en su hoja de servicios mas de veinte desafíos, y no se ha dejado herir en ninguno. ¿Es creible que haya ido á dejarse matar en este?

El duque se llevó las manos á la cabeza, y César continuó:

—Poco á poco, que todavia no he concluido. ¿Qué quiere decir un duelo á primera sangre? Claro está: un duelo en el que no ha de morir ninguno. Las condiciones de un lance son sagradas, como las deudas del juego: un desafío es un contrato vilateral que no puede romperse ni alterarse sino por el mútuo convenio de las dos par-

tes. Se me dirá que uno de los dos *puede* (el *posse* nadie lo niega) violar el convenio y matar á su contrario; pero entonces ¿quién lo duda? el muerto tiene obcion evidente, incontestable, á una reparacion completa. En resúmen, el duelo de que se trata, era un duelo á primera sangre, y por lo tanto no ha podido causar la muerte de ninguno de los dos combatientes. Este es el derecho. Mas si alguno, por flagrante violacion del contrato, resulta mortalmente herido, por fuerza el marqués es el muerto. Esta es la historia.

Los circunstantes se miraron arqueando las cejas; querian decir: ¡Oh, oh! será ministro.

—Bueno, replicó el duque, yo no desconozco tu talento ni niego tu erudicion, pero ¡canario! yo sé que el diplomático ha atravesado de una estocada el pecho de su contrincante. Esto se cuenta en el café de donde yo vengo; esto se repite por todas partes. Ya sabemos que Montero es un duelista consumado: corriente, ¿y qué? Mi maestro de esgrima dice, que hay una estocada imprevista, desconocida, que es la que mata siempre á los grandes tiradores; y en el caso presente..... ya ves..... la cosa es clara. No tiene vuelta de hoja.

—Empequeñeces la cuestion, dijo Cesar, encerrando eldebate en una sala de esgrima. No es

eso: hay que mirar mas alto. Se trata de un duelo entre un bizarro coronel y un secretario de Embajada, y disputamos acerca de quién es el vencedor y quién el vencido. Pues bien, yo pregunto: ¿Dónde la diplomacia ha vencido á las armas?... Cuando hablan los cañones, callan los protocolos... Los nudos mas diplomáticos los corta siempre la espada de un Alejandro... ¿Qué valen las notas ante las balas?... ¿Qué significa una Embajada ante un ejército?. . ¿Qué es una conferencia ante una batalla?..:

—¡Ah!... ¡Ah!... exclamó el duquesito con el punto mas agudo de su voz de tiple y poniéndose de pié como impulsado por un resorte. Veamos esto: ¿Qué es una alianza? Una gestion diplomática, un protocolo.

¿Quién fué Napoleon?... el capitan del siglo. ¿Dónde acabó el imperio?... En Waterlóo. ¿Qué fué Waterlóo? El triunfo de la alianza, del protocolo... de la diplomacia sobre el capitan del siglo... ¡Caramba!...

Dijo y cayó desplomado sobre su asiento, como si la fuerza expansiva de la réplica lo hubiera tirado de espaldas.

La señora de Miramar abrió los ojos para volver á cerrarlos; Margarita se sonrió, y todos los presentes inclinaron la cabeza en señal de asen-

timiento. Pero César llevaba un nombre glorioso y no se dejaba vencer fácilmente.

—Oh, oh... prorumpió, imitando las exclamaciones de su adversario. No nos dejemos deslumbrar por la falsa luz del sofisma. Victor Hugo, que ha recorrido recientemente el campo del combate, que ha examinado hasta sus mas pequeños accidentes, que ha podido contar las señales de las balas en las paredes y en las piedras, que ha visto las huellas de la sangre, el rastro de los escuadrones, los surcos de la artillería y hasta parece que ha oido los gritos de los combatientes, asegura que la batalla de Waterlóo no la ganó nadie.

—Sí, sí; advirtió el duque; pero no hay que olvidar que allí cayó el imperio.

—El imperio, insistió César, vive todavía mientras que los tratados del año quince ya no existen; pero pregunto: ¿Los treinta mil prusianos que llegaron á Waterlóo en los momentos críticos, eran secretarios de Embajada?

—Ahí tienes, contestó el duque, la estocada imprevista, la estocada desconocida que mata siempre á los grandes tiradores.

Se sabe dónde empieza una disputa, mas es muy difícil averiguar dónde concluye; y es que las disputas no concluyen, se suspenden, se inter-

rumpen, se cortan, pero no acaban. Dos hombres disputando son dos líneas par las, que marchan siempre á igual distancia, sin encontrarse nunca.

Un criado detuvo la palabra pronta á salir de los lábios de César. Entró llevando en la mano varios periódicos que colocó respetuosamente sobre el velador de caoba.

—Veamos, dijo Margarita, si los periódicos nos dan mas luz que estos señores.

El que se hallaba mas inmediato á la mesa cogió uno y comenzó á ojearlo: en la penúltima plana debió encontrar lo que buscaba, pues exclamó:

—Oigan ustedes lo que dice *La Correspondencia:*

«Por desgracia no ha sido feliz el resultado del lance pendiente entre un conocido militar y un distiguido diplomático, pues hay que lamentar una herida ligera, bastante grave, entre el pulmon izquierdo y el pericardio, que tiene mas de dos pulgadas escasas de profundidad. La ciencia se propone hacer nuevas investigaciones con la auptosia del cádaver del enfermo, que ofrece muchas esperanzas de salvacion.

Todos quisieron hablar á un tiempo, pero Margarita se anticipó preguntando:

—¿No dice mas?

—Sí, contestó el que leia; aquí veo otro párrafo, que es el siguiente:

«Sabemos de un modo positivo, que los cuatro testigos del lance son españoles, escepto un francés. Altos respetos nos obligan á callar sus nombres, que ya corren de boca en boca.»

Hubo un momento de silencio que César cortó reanudando la disputa en estos términos:

—Tenemos que el lance se ha verificado.

—Eso es lo que yo sostengo, advirtió el duque.

—Tenemos además una herida.

—Cabalmente, esa es mi afirmacion.

—Estamos conformes... mas... ¿quién es el herido...?

—*That it is question.*

El debate iba á empezar de nuevo, mas el que tenia el periódico en la mano se interpuso diciendo:

—Eh, señores, que todavía no he concluido y me parece que van ustedes á quedar iguales... No hay duelo, ni herida, ni testigos... nada... ni siquiera auptosia.

—¡Cómo!... ¡cómo...! exclamaron todos.

—La misma *Correspondencia* contestará á ustedes. Hé aquí sus palabras:

«Competentemente autorizados podemos desmentir á última hora los rumores que circulan cerca del lance de que tanto se habla. Las dig-

nas autoridades de Madrid con un celo admirable y un tacto exquisito, han intervenido en el asunto, haciéndolo imposible.»

Mientras escuchaban la lectura de estos renglones, un nuevo personaje se introdujo en el salon, que viendo al duque estupefacto, á César triunfante y á los demas mudos, dijo:

—Vamos, será preciso que yo rectifique esa noticia, para que salgan ustedes de dudas: ha habido duelo, herida y testigos.

El duque vió el cielo abierto y preguntó:

—¿El coronel es el herido...?

—No. Fué la respuesta que obtuvo.

—Luego es claro, dedujo César, que la víctima es el diplomático.

—Tampoco, replicó el recien llegado. El marqués saldrá esta noche para Inglaterra y Montero habrá salido ya para Cádiz.

Todos soltaron la carcajada.

—¡Ah! Exclamó la señorita de Miramar con evidente mal humor. Esto es insufrible: una cosa tan séria se está convirtiendo en asunto de risa.

—Yo hablo formalmente: he sido testigo del lance, vengo de cumplir mis últimos deberes; y si el caso es raro, irregular, extraordinario, no es por eso menos triste.

Margarita lo interrumpió diciendo:

—Pues acabemos de una vez, y sepamos lo que ha sucedido, si por ventura es posible saberlo.

Los circunstantes tomaron las actitudes mas cómodas que pudieron encontrar, y el recien llegado dió principio á su relato de esta manera:

La cita era á las cinco de la tarde en el Canal. El sitio destinado antes á los suicidios, bien podia servir ahora para un duelo, porque al fin... ¿qué mas da? A las cinco menos tres minutos estábamos en el terreno el marqués, su otro testigo y yo; y la verdad, los tres nos encontrábamos preocupados: el marqués porque iba á batirse y eso siempre preocupa, y nosotros porque conociendo á Montero, no dábamos un cuarto por la vida del diplomático. Sabíamos que el coronel se hallaba desde la madrugada detenido en las prisiones militares; pero sus testigos nos habian asegurado que acudiría á la cita, y nosotros contábamos con su audacia y con su influencia, seguros de que no faltaria á la palabra empeñada. Eran ya las cinco en mi reloj y nadie parecia; podiamos retirarnos, pues nuestro compromiso estaba cumplido. Yo iba á proponerlo cuando un ruido lejano me heló la sangre. A los pocos instantes vimos llegar un coche, que se paró junto al nuestro: tres personas se apearon y ninguna de ellas era Montero; y... francamente, respiré.

Aquí hizo una pausa, que los oyentes aprovecharon para colocarse mas cómodamente en sus asientos, y prosiguió:

—De las tres personas que salieron del coche dos eran los testigos del coronel, la otra no la conocíamos. Los primeros vinieron á buscarnos, mientras el desconocido permaneció junto al coche. «¿Qué ocurre?» pregunté á los que llegaban. «Ocurre, contestó uno de ellos, que el coronel Montero ha intentado escalar su prision, ha querido atropellar al centinela, ha bramado como un toro, ha rugido como un leon y todo ha sido inútil: en una palabra, no ha podido venir.» «En ese caso, dijo mi compañero, firmaremos un acta y asunto concluido, á lo menos por ahora.» «Poco á poco, replicó el otro testigo: Montero no falta nunca á estas citas, y si no traemos su brazo, traemos su espada.» Mi compañero y yo nos miramos llenos de estupor, sin saber qué pensar; pero el que hablaba nos sacó pronto de dudas añadiendo: «Aquel caballero que ven ustedes allí, viene á ocupar su puesto» «¡A batirse por él!» exclamamos llenos de asombro. «Ni mas ni menos, contestó, es cosa convenida entre ellos y aceptada por nosotros.» «Pero esto, le advertí, es inusitado.» «No lo niego,» me dijo con la mayor indiferencia. Yo pregunté: «¿y si el marqués no

admite semejante sustitucion?» «Que le hemos de hacer, me contestó, declararemos muy formalmente que ha rehusado batirse, y el coronel mas tarde ó mas temprano, aquí ó en Lóndres arreglará esta cuenta.» Nosotros consultamos con el marqués que se encogió de hombros, dejando el caso á nuestra decision. El adversario que se nos presentaba no podia ser tan temible como Montero, y esto era siempre una ventaja. Por otra parte corria el rumor de que el coronel habia sido preso por una delacion de su contrincante, y esta calumnia muy en boga, hacia mas delicada la posicion del marqués. Además el lance quedaba pendiente; el coronel no lo dejaria de la mano y el encuentro podia ser atroz cuando era probable que todo quedara allí terminado con un rasguño. En los duelos la cuestion es batirse: con quién, importa poco: el sustituto presentaba todo el aspecto de un caballero: lo enviaba el coronel y venia bajo la garantía de sus testigos. Volverse á Madrid sin haber cruzado las armas habiendo adversario, era exponerse á los tiros de la maledicencia y del ridículo: porque la sociedad que se horroriza del duelo y se indigna contra los que se baten, se mofa de los que no quieren batirse. Todo lo pensamos, y al fin nos decidimos.

Llegaba el relato al punto mas interesante; así es que cada uno se dispuso á prestar una atencion mas viva. Hasta la señora de Miramar dió una vuelta en su butaca. La narracion prosiguió de este modo:

—El desconocido que sustituia al coronel Montero, jóven de airosa presencia y de noble fisonomía, nos saludó cortesmente al acercarse. Yo le puse la espada en la mano y al empuñarla, conocí que no era la primera vez que la cogia: sobre todo al caer en guardia, no pudo ocultar su aplomo y su destreza. Juraria que el marqués y él se saludaron como dos personas que ya se han visto otra vez. Ambos permanecieron un momento contemplándose, y al parecer ninguno de los dos queria ser el primero en atacar; hasta que al fin el marqués se fué á fondo con una estocada repentina, como un rayo que se desvaneció en el aire. El diplomático acometia bien, pero el desconocido paraba mejor. Dos veces la espada del marqués pasó rozando el hombro de su contrario, trazándose en el semblante de este un gesto que parecia decir: ¡qué lástima! Así siguió el combate diez minutos mas: el marqués acometiendo siempre; el otro sin hacer mas que defenderse. No sé lo que sucedió, y si lo sé no acierto á describirlo; el caso es, que de repente la espa-

da del diplomático brilló como una centella; el desconocido dió un paso atrás, vaciló y cayó de espaldas.

—¡Estaba herido...! exclamó Margarita con una voz que sus amigos no la habian oido nunca.

—Sí, herido, gravemente herido: tenia casi atravesado el pecho y arrojaba un torrente de sangre. Se le hizo la primera cura; sus testigos y yo lo colocamos en el coche y con todas las precauciones necesarias lo llevamos á su casa. Allí... ¡qué cuadro! señores ¡qué cuadro!... Una señora, con el rostro mas dulce que he visto en mi vida, salió á recibirnos á la escalera: al vernos dió un grito que debió arrancarse de sus entrañas, y con un acento que todavía lo oigo exclamó: ¡Hijo de mi corazon... me lo traen ustedes muerto! Habia tan amargo y tan justo reproche en sus palabras que no supimos qué decirle. Aquella madre anegada en llanto nos ayudó á llevar á su hijo. Ella le desnudó; ella misma le colocó la cabeza sobre las almohadas, y lo besó en la frente, ahogando los sollozos que hervian en su pecho. El moribundo pudo coger la mano de su madre y la llevó penosamente á sus lábios mientras ella decia: «Hijo de mi alma ¡qué sola me vas á dejar en el mundo!... Yo he presentido tu desventura...» y alzando los ojos con expresion inefable añadió:

«era mi gloria, mi único consuelo, toda mi alegria: pero cúmplase Señor tu divina voluntad.» Lo confieso, ante aquella pena inmensa, ante aquella santa resignacion sentí desprecio de mi mismo, y salí de allí porque se me saltaban las lágrimas. En la pieza inmediata encontré al médico que, trasluciendo en mi ademan la pregunta que iba á hacerle, me contestó: «Mal, muy mal; en estos casos no se pierde nada con ponerse en lo peor.» La desolada madre habia salido detrás de mí y pudo oir las palabras del médico. «No hay que perder la esperanza, dijo; si la ciencia no hace prodigios, Dios hace milagros:» y cayendo de rodillas á los piés de un hermoso Crucifijo que tenia delante le oimos decir distintamente: «Perdonadla, Dios mio, perdonadla, como yo la perdono.» Las madres ven siempre en las desgracias de sus hijos la mano traidora de alguna mujer execrable. Se habia llamado á un sacerdote y acababa de entrar en la pieza donde nos encontrábamos. La señora al verlo lo cogió de la mano y lo condujo apresuradamente al cuarto de su hijo, y él la siguió pronunciando estas dulces palabras: «Valor, hija mia, valor.» Yo no pude mas; me lancé á la puerta, me precipité por la escalera y salí á la calle con el alma hecha pedazos. Esto es lo que ha sucedido.

Concluido el relato que acabo de copiar reinó un profundo silencio, que ni César ni el duque se atrevieron á interrumpir. Margarita fué la primera que habló y lo hizo levantándose bruscamente y diciendo:

—Señores, perdonen ustedes esta impertinencia, pero me siento mal y me retiro. Suplico á ustedes que no se muevan: mi madre se alarmaria, y no hay motivo para asustarla.

Sin dar tiempo á observacion ninguna salió del salon, y sin llamar á nadio se encerró en su cuarto.

Los amigos íntimos se quedaron suspensos, pero no observando ni ruido ni movimiento que atestiguaran la realidad de una dolencia repentina se tranquilizaron. No era la primera vez que la señorita de Miramar se retiraba de aquel modo. La niña mimada solia aburrirse de sus íntimos amigos, y cualquier pretexto le servia para dejarlos con la boca abierta.

Ellos estaban acostumbrados á estas irregularidades de su carácter, que despues de todo les parecian encantadoras. Así es que sin la mas ligera inquietud, se fueron retirando unos despues de otros muy discretamente.

Al salir los últimos iba diciendo César:

—¿Ves, querido duque, cómo el coronel Mon-

tero se halla bueno y sano, sin herida grave n leve? No podia ser otra cosa: mi *Thesis* tiene una fuerza incontrastable.

—Pero ¡canastos! replicaba el duque; el marqués ha herido mortalmente á su adversario. ¡Caracoles! Ese era mi tema.

Cuando la señora de Miramar se despertó estaba sola.

III.

LOS DOS.

Tenemos á la vista dos cartas interesantes, cuya lectura es necesaria para el cabal conocimiento de la presente historia, que he intentado referir del modo mas breve que me ha sido posible... por supuesto, dejando siempre al lector en completa libertad de añadirle lo que le falte, y de quitarle lo que le sobre.

Por el movimiento impetuoso de la letra, se conoce, que la primera de estas cartas ha sido escrita con la impaciencia de la mano que quiere seguir la rapidez del pensamiento. En algunas palabras faltan las letras finales, como si la pluma hubiera saltado para coger mas pronto la idea: en ciertas frases parece que la mano temblaba al

escribirlas, y finalmente se distinguen sombras ligeras, que oscurecen en diversos lugares la blancura del papel, y que pudieran tomarse por señales de lágrimas.

El estilo empieza entrecortado, descubriendo en el tumulto de los conceptos la agitacion del alma; pero poco á poco se va serenando hasta que aparece mas tranquilo.

Hé aquí esta carta:

«Caballero: La herida que ha recibido V. en el pecho, la llevo en mi corazon. V. ha estado quince dias agonizando, y yo hace un mes que no vivo. Oígame V., porque le hablo por primera vez y acaso sea la última. Yo he provocado ese duelo maldito y V. se ha batido por mí. ¡Por mí que no he sabido comprenderlo!... ¡Justicia divina... lo conozco cuando lo pierdo!... ¡He necesitado que abran su pecho para ver su corazon!... ¿Por qué no condenó V. á un justo desprecio mi insensato ultraje?... ¿Y su madre de V.?... ¡Dios eterno..! ante esta idea no sé dónde esconderme... es la forma mas cruel que pueden tomar mis remordimientos. Sé que me ha perdonado; sé que pide á Dios que me perdone; pero yo no puedo perdonarme; debo expiar y expiaré.

»¿Qué pasa por mí? No acierto á darme cuenta; mas al caer en el abismo de esta desgracia,

siento que mi alma se ilumina con los reflejos de una luz suprema. Despues de llorar, veo mucho, veo mejor, lo veo todo; mis ojos se aclaran con las lágrimas y el llanto; este llanto inagotable ha roto la venda que me cegaba.

»La noticia del fatal suceso me hirió como una puñalada; quise llorar y no pude llorar; me ahogaban los sollozos y al fin estalló en mi sangre el incendio de la fiebre... Me han tenido en la cama muchos dias... me he visto rodeada de médicos, de medicinas...: creian que iba á morir. No sé lo que he dicho en mi delirio, pero veo que no me han entendido. Los médicos están muy satisfechos, porque era una crísis terrible de mi naturaleza, un sacudimiento formidable de mi cuerpo, una explosion vigorosa de mi vida que la ciencia ha vencido. ¡Pobres sábios! Ignoran que esa crísis ha sido la crísis de mi alma, que solo Dios ha podido vencer.

»Una mañana, mitigado el ardor de la calentura que me habia hecho ver durante la noche las mas extrañas visiones, experimenté la necesidad de una íntima comunicacion; necesitaba una mano amiga que me ayudara á sostener el peso que me oprimia; oidos que me oyeran; labios que me consolaran. Pero ¿á quién acudir?... El mundo que me rodea de vanas lisonjas no comprenderia

mi pena. Dirian unos ¡qué ridiculez! otros ¡qué capricho! muchos ¡qué locura!... Mis padres ¡ah! los habria afligido mi secreto y no hubieran consolado mi pena. Entonces comprendí la espantosa soledad en que me hallaba en medio de tantos amigos, de tantos admiradores, de tanta gente ..!

»Hay en mi cuarto, en frente de mi cama, una joya artística, un cuadro que tenemos en mucha estima, porque es el retrato de un ascendiente de mi madre, cuyas virtudes forman el mas honroso título de mi familia. Muchas veces habia admirado el mérito de este lienzo, donde creo encontrar la correccion de Rafael, la franqueza de Velazquez y el tono de Murillo. Representa á un anciano sacerdote: su calva frente iluminada por un rayo de luz, hábilmente arrojado sobre su rostro venerable, se destaca en el fondo oscuro que la envuelve como la primera claridad del dia sobre las últimas sombras de la noche: hay algo del cielo que se acerca y de la tierra que huye: es una cabeza que tiene aureola sin que el pintor la haya trazado; resplandece con la paz del justo, con la esperanza del santo, con la fé del mártir: sus ojos miran y su boca sonrie.

»Mis pupilas extraviadas se fijaron en este retrato, que habia visto muchas veces, que habia admirado siempre y que no habia comprendido

nunca. Hubo momentos en que creí que se desprendia del lienzo y venia á buscarme; esperaba que la voz resonara en sus lábios; me hablaba y yo no podia entenderlo...

»Mi doncella se acercó silenciosa creyendo que dormia, y al verme con los ojos abiertos, me dijo: «¿La señorita está mejor?» «Sí, la contesté, me siento bien... pero... me falta una cosa.» «¿Qué?.. me preguntó con viva ansiedad.» «Quiero..., la dije sin saber lo que decia, que venga un sacerdote.»

»V. no sabe el asombro que causó en esta casa la noticia de mi deseo. Si hubiera pedido una joya, si hubiera querido vestirme y recibir á mis amigos, si hubiera querido montar á caballo, habria causado menos extrañeza. Creyeron que la debilidad me hacia decir desatinos; como los médicos me habian declarado fuera de peligro, mi deseo era inexplicable. Yo que ví siempre satisfechos hasta mis mas raros caprichos, encontré por primera vez resistencia á mi voluntad. Quisieron persuadirme, convencerme, engañarme; mas insistí, supliqué, lloré, y el sacerdote vino: me quedé sola con él y le descubrí hasta lo mas recóndito de mi corazon.

»¡Qué dulce severidad encontré en sus consejos; qué ardiente caridad en sus advertencias!..

¡Que tierna solicitud en sus mandatos..! ¡qué gran consuelo!... Sus santas palabras caian en el fondo ulcerado de mi conciencia como un bálsamo divino. Aquel mismo dia entró Dios en mi alma.

»He querido saber si debia escribir esta carta y sé que puedo escribirla.

»Pronto abandonaré á Madrid llevándome en el corazon el propósito de un voto solemne, el recuerdo cruel del mal que hice, y la dulce memoria del bien que V. me ha hecho.

»Lea V. esta carta á su madre; porque la he afligido y debo consolarla.

»Aquí agito tres veces mi pañuelo, empapado en lágrimas, como una tierna amiga que se despide... quizá... para siempre.

»Hoy cumplo veinte años.

MARGARITA.»

La segunda carta parece escrita por una mano temblorosa y dictada por una voluntad firme.

Veamos su contenido:

«Señorita: Yo tambien debo confesarme culpable, mas culpable que V.; porque he llamado con demasiada violencia á las puertas de su corazon; porque he provocado su curiosidad, excitado su interés y herido su amor propio; porque he arrojado al rostro de su vanidad loca el guante de mi

soberbia ciega. Hemos luchado y Dios nos ha vencido, como Dios vence siempre, salvándonos. Ha sido un duelo á muerte en el que los dos somos vencedores, porque no hay triunfo mas glorioso ni mas sublime que aquel que el hombre alcanza sobre sí mismo.

»Pronto estoy á todos los sacrificios: me esconderé por no verla, huiré por no encontrarla, ensordeceré por no oirla, enmudeceré por no pronunciar su nombre; pero no me pida V. que arranque su imágen de mi corazon, porque eso es imposible.

»¿Me he batido por V.?... Veamos: He descendido á ese ensangrentado terreno del falso honor. Cierto; mas no movieron mi mano ni el ódio, ni la venganza, ni la vanidad de un valor que tiene cualquiera, ni el miedo cobarde á las burlas del mundo que todos sienten. He expuesto mi vida, preciso es decirlo, por salvar otra vida: He ido á un duelo, por evitar un duelo.

»Una vez provocado el coronel Montero, no hay mas remedio que matarlo ó dejarse matar: con la espada en la mano es implacable, y tiene el funesto privilegio de matar siempre á su adversario. Quise salvar al marqués de una muerte segura, á usted de un justo sentimiento y á Montero de un nuevo homicidio. La prision del coronel aplazaba

el terrible lance y yo queria impedirlo: él no pudo ir y fuí yo: contaba con mi destreza en el manejo de la espada para reducirlo todo á unas cuantas gotas de sangre, que estaba dispuesto á derramar, dejándome herir ligeramente. Dios ha querido otra cosa y estoy contento.

»Nos hemos encontrado en el camino de la vida como dos viajeros extraviados que se ven por primera vez y no se conocen, se miran con desconfianza, se saludan, y cuando se comprenden distinguen la senda que deben seguir y se despiden, con la alegría de haberse encontrado, y con la pena de tener que separarse. ¿Nos volveremos á encontrar...?

»Lleva V. en su corazon el propósito de un voto solemne. Sea. V. hace el propósito y yo me resigno al sacrificio: la mitad de ese voto es mio. Cúmplalo V.; mejor dicho, cumplámoslo.

»Mi amor ha sido injusto y es justo que padezca mi amor. Se llega á la felicidad por el camino de los dolores, como se llega al cielo por el áspero camino de la tierra. En el mundo el que no padece no ama, es decir, no vive. La expiacion purifica y debemos purificarnos.

»Con muchas lágrimas en los ojos ha leido mi madre su carta de V., y la ha besado y la ha bendecido y me ha dicho: «Hijo mio, llévala sobre tu

corazon.» Y la he contestado: «La llevo dentro de mi alma.» Esta respuesta me ha valido un abrazo.

»Mi médico me envia á Alemania á unos baños que han de restablecerme por completo: los tomaré, porque siento un ánsia de vivir indecible.

»El amor profundo y verdadero... ¡qué esperanza infunde, qué fé inspira, qué valor da! Esperanza, pues, fé y valor.

L. G. DE C.»

Hace muchos meses que tenia detenida la continuacion de este sencillo relato por falta de noticias, acerca de los dos personajes principales que en él aparecen, esperando para proseguirlo nuevos acontecimientos dignos de referirse. Muchas veces hice ánimo de darlo aquí por terminado en atencion á que los sucesos no llegaban y el tiempo corria. Pero ¿cómo dejar en separacion perpétua á dos seres, que sea el que quiera el interés que hayan podido inspirar, parece, por lo que hemos visto, que han nacido el uno para el otro?

Ademas, yo, tan curioso como cualquiera de los lectores, deseaba saber si volvian á encontrarse, si volvian á verse, si llegaban á hablarse,

si seguian amándose; en una palabra, si acababan por casarse, como si esto fuera lo último que pudiera sucederles, es decir, como si casarse fuera morirse.

Mas hoy mismo he recibido noticias seguras que me obligan á cerrar definitivamente estas páginas, cortando el hilo de la narracion donde los sucesos han querido que lo corte.

Hé aquí ahora mis últimas noticias:

Sé ante todo, que los señores de Miramar han muerto en Paris en muy poco tiempo de la misma enfermedad, de la última, de la única que no tiene cura. Sé que Margarita ha hecho donacion de sus rentas, aplicándolas á objetos de piedad y de beneficencia; y sé en fin, que ha tomado por dos años el hábito de Hermana de la Caridad.

Sé mas aun: sé que *Marí* la acompaña, que á pesar de estar en Paris se llama á sí misma la hermana María, y me consta que daria lo que le pidiesen por oirse llamar *Maruja*.

En cuanto á *él* mis averiguaciones no son menos interesantes: ha hecho en Alemania íntima amistad con un músico español, ciegamente apasionado del arte clásico, que no reconoce mas música que la música alemana; que cambiaria todas las notas del discurso académico mas erudito y todas las notas diplomáticas del mundo

por una sola nota de Mozzart. Ambos amigos no se separan nunca y hablan mucho de Margarita; el músico porque se desespera al recordarla y el otro porque se regocija nombrándola.

Y no sé mas.

Sin embargo, no pierdo la esperanza de que al fin se encuentren, se vean y se casen. Pero, francamente, no es mas que una esperanza

FIN.

LOS CUENTOS DE LA ABUELITA,

POR

OTTENURB.

II.

El rey que rabió.

Os quejais, niños mios, de que el otro cuento era muy triste y sin embargo acababa con una boda: en verdad que no estoy para cuentos mas alegres: en verdad que los tiempos no están para alegrías.

Vosotros, hijos mios, siempre reis: reis y jugais como unos locos; reid y jugad en buen hora, aprovechad los momentos, la veleidad de vuestros pocos años, y quiera el cielo que al despertar de vuestro sueño dulcísimo, al llegar á la edad de las meditaciones os encontreis con otro mundo y otros hombres.

Vaya, no pongais esas caritas tan afligidas; no vayas tú Enriqueta á llorar por tan poca cosa; lo que os he dicho no es mas que para disculparme con vosotros de que mis cuentos no sean todo lo alegres y divertidos que deseais, pero nada mas.

Hoy traigo preparado uno que os entretendrá, uno que de seguro vais á conservar en la memoria.

¿Habeis oido hablar del rey que rabió? Muchas y distintas son las versiones que corren de boca en boca sobre ese pobre rey, víctima de tan expantosa enfermedad; pero la cierta, la indudable es la que ha llegado hasta mí, la que yo he recogido por el gusto de contársela á mis nietos.

Era, pues, un rey, que desde mucho antes de coronarse (en aquellos tiempos los príncipes se coronaban por su derecho), se habia propuesto ser todo lo que se llama un buen rey, haciendo la felicidad de sus vasallos, y procurando con todas sus fuerzas el explendor de sus reinos.

Magníficas fueron las fiestas de la coronacion; hubo justas y torneos, danzas, fuentes de leche y de viño, comidas grátis para los pobres y lujosos banquetes para los ricos, iluminaciones, músicas y fuegos artificiales.

Desde el humilde pastor hasta el aristócrata mas poderoso todos bailaban y reian, todos esta-

ban contentos, porque todos esperaban: el pobre, salir de su miseria, el rico aumentar sus capitales, el honrado artesano dar gran ensanche á su industria, el apuesto caballero ganar honra, prez y fama. Todos los principios son buenos, y tambien lo eran aun en aquellos tiempos en que los reyes no hacian ni publicaban magníficos y pomposos programas de gobierno.

El pueblo estaba muy contento con su nuevo rey, y el nuevo rey altamente satisfecho del amor que le mostraba su pueblo.

Todo iba que ni pintado.

Pues señor, pasó un año: en este año el rey tuvo que convencerse de que cuanto habia pensado para lograr sus propósitos de ser un buen rey, querido por los suyos y respetado por los extraños, no eran sino desvarios de una imaginacion acalorada.

Los cortesanos le convencieron de ello.

Porque, por ejemplo, el rey queria á todo trance disminuir los impuestos, y los sabios cortesanos le argüian respetuosamente que el pueblo pagaria con gusto impuestos duplicados; tal era la abundancia en que vivia y sus deseos de ser grande y poderoso: el rey queria tener á raya las demasias de los reyes sus vecinos, y los cortesanos le hacian ver que no eran tales demasias, y

sobre todo que el pueblo no estaba por guerras ni disturbios: el rey queria que por lo menos una vez á la semana, el pueblo entrase en su palacio y le expusiese sus quejas y sus deseos; mas los cortesanos le aseguraban que no habia quien tuviese ni una queja ni un deseo, y que el recibir al pueblo seria confundirse con él y enseñarle á ser poco respetuoso.

A cada gran pensamiento que al rey se le ocurria, respondian los cortesanos con una gran mentira.

Por supuesto que los tales cortesanos eran las personitas que menos valian entre todas las de aquel país; aunque los buenos y valientes capitanes eran, segun aquellos, unos hombres muy bruscos que olian á rancho y á cuartel, y apenas si servian para dar tajos y mandobles; los honrados labradores no entendian sino de aperos de labranza; los menestrales de su oficio; los hombres de estudio de sus libros.

Por supuesto que los tales cortesanos ocultaban cuidadosamente que ellos habian tal vez salido por la puerta falsa de los cuarteles, de las granjas, de los talleres ó de los estudios.

Sin embargo, en los salones de palacio se mostraban capaces de conquistar el mundo en una sola batalla.

Y no habia mas remedio que creerlos, porque eran tan audaces al par que tan afectuosos, tan decididos y tan sumisos, tan grandes y tan reverentes, tan decidores y tan amables, que el rey les consideraba como sus vasallos mas leales y desinteresados.

Cuasi todos los cortesanos de cuasi todos los reyes saben perfectamente que su oficio es adular constantemente, engañar siempre, para que su oficio sea mas duradero y productivo.

Y no hay medio, porque no parece sino que los palacios reales están infestados de esta polilla.

De diez, los nueve reyes que han sido malos, lo han sido por culpa de los ambiciosos y soberbios que han tomado por oficio hacerles la corte.

Para librarme de los malos consejos de los cortesanos, pienso que si fuera reina habia de dedicar la mitad del dia á visitar los cuarteles, las granjas, los talleres y los estudios, para no verme obligada á hacer de cuando en cuando una campana como aquella de aquel rey que mandó al verdugo formarla con los cuerpos de sus cortesanos.

Mas continuando mi cuento, es lo cierto que el pueblo de aquel rey comenzó á no poder sobrellevar los impuestos, á resentirse de no po-

cas injusticias, á llevar muy á mal no ver al rey sino entre soldados y como de pasada, á dolerse de que sus quejas no fueran oidas.

Y aunque el pueblo hubiese llevado con paciencia todo esto, otros cortesanos, no admitidos en la corte y con el objeto de que se les admitiese, se fingian los protectores de aquel y le excitaban de contínuo á que manifestase de una vez y ruidosamente su disgusto.

De todo esto el pobre rey nada sabia, porque los palaciegos se lo ocultaban cuidadosamente; mas llegó un dia que no pudieron ocultárselo, que el pueblo se amotinó, que los cañones salieron á relucir y la sangre á correr en abundancia.

El rey que como os he dicho no queria mas que hacer la felicidad de su pueblo, se irritó de tal modo cuando le vió desgraciado, que de repente fué acometido de hidrofóbia.

Y lo mas singular del caso fué que le dió por morder á todos sus cortesanos, y muy en breve la corte parecia una perrera de perros rabiosos.

Médicos afamados que se hicieron venir de muy lejanas tierras y que trajeron yerbas de una virtud especial, curaron al rey esta enfermedad que parecia incurable.

Y tambien la curaron á los cortesanos; solo

que, fuera casualidad ó providencia, no se la curaron tan radicalmente que no les repitiese algun ataque siempre que decian una mentira ó se proponian adular al rey en perjuicio del pueblo.

Y esto fué un gran bien, porque el rey, que se dedicó por completo á reconquistarse el amor de sus vasallos, no corria el peligro de ser perturbado por las adulaciones y mentiras de sus servidores.

Pues tan pronto como alguno se las permitia, le daba el ataque y aun delante del rey saltaba y brincaba como un condenado, hasta que se le aplicaba la yerba.

A veces los salones de palacio se convertian en enfermerías de hidrófobos; tantos eran los que, esclavos de la adulacion y la mentira, volvian al vicio.

Y á esto se debió, sin duda, que aquel reino adquiriese un gran nombre y que el rey fuese conocido y respetado por las demas naciones con el nombre de *El rey que rabió*.

Muchos de los pueblos vecinos, mandaron embajadas á este rey para que les dijese el modo y manera de hacer rabiar á los cortesanos cuando mentian, á las cuales respondia siempre *el rey que rabió*: «yo no puedo daros la medicina que sin duda debo á un favor muy especial del cielo:

pero decid á vuestros reyes que si no quieren hacerse y hacer á sus pueblos víctimas de sus cortesanos, que se sirvan de ellos en los palacios y que, para aconsejarse, vayan á los cuarteles, á las granjas, á los talleres y á los estudios.»

FIN DEL SEGUNDO TOMO.

INDICE.

PÁGINAS.

PRIMERA PARTE.

I... Ella. 3
II.. La carta. 17
III. El. 38
Los cuentos de la abuelita. La buena madre. 56

SEGUNDA PARTE.

I... Un baile. 3
II.. El duelo. 26
III. Los dos. 43
Los cuentos de la abuelita. El rey que rabió. 55